



# Preciado secreto

El diario

Mariela Saravia

Mariela Saravia

# **El diario**

**Preciado Secreto 02**

## Sinopsis:

Madeleine Wauters descubre todo su pasado, al leer el diario de su madre Francis junto a las cartas entre ella y Arthur. ¿Es que acaso tuvieron un romance? Madeleine no puede creer todo lo que aquellas hojas ocultan, y por fin logra descubrir que ella es la hija legítima de ese jovencito que amó tanto a su madre, y que a la vez su propio esposo Roger, resulta ser su propio primo. No sabe si sentir melancolía y alegría ante tanta euforia, o si avergonzarse que su padre era veinte años menor que su madre.

¿De verdad el amor no tiene edad? ¿Podrá ese preciado secreto que Francis ocultó durante más de cuarenta años, ser al fin revelado?

**“Para el verdadero amor, no hay edad... para los placeres de la vida no hay tiempo. Y para ser madre, solo basta con tener un corazón capaz de cargar con un hijo por el resto de su vida”**

# Contenido

Sinopsis:

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Todos los derechos reservados Copyright© 2016 Mariela Saravia. Esta obra original, fue realizada y editada por Mariela Saravia y está protegida por las normas de derechos de autor y conexos, conforme a los lineamientos de la Organización Mundial de la Propiedad Intelectual.

Código de registro:

## Capítulo 1

### *Charleston, 1910*

Iba de regreso a casa con el corazón convulsionado y la mirada llena de nostalgia. Pensaba en los tantos secretos que descubriría en el diario de mi madre, pero lo poco que supe en aquellas tres cartas, fue lo que me dejó con una tremenda urgencia por responder diversas preguntas, entre ellas: ¿Qué había pasado con mi madre, después de que Arthur se fuera de casa? ¿Logró mi padre trabajar de médico y casarse como siempre había soñado? ¿Qué había sido de la familia de Arthur y de sus hermanas?

Entonces recordé aquellos años, cuando mi madre me llevó a un hotel en New York, recordé aquel hombre apuesto de unos cuarenta años, que a pesar de su porte atractivo, parecía mucho mayor. Dentro de sus ojos se agitaba con esfuerzo una llama de ilusión por la vida y sus labios inexpresivos, formaron una cálida sonrisa tras observarme caminar de la mano de mi madre. El salón era muy amplio pero para Francis y para mí, solo existía aquel hombre al que mi madre saludó con cierta distancia fingida. Luego me lo presentó como un viejo amigo.

Ansiaba leer el resto de las cartas que con suerte, desenmarañarían todo aquel lío, a la vez que también anhelaba conversar con mi esposo, sobre mi pasado al fin resuelto. Mi vida y la de mis padres, se resumía apretada en unas cuantas letras.

Me pregunté entonces: ¿Será posible algún día contar esta historia y enviarla a la imprenta, para que se conozca en toda nación el poder de lo que significa, cargar a costas con un amor prohibido, un preciado secreto?

Entonces al entrar a casa y recibir su aroma tan característico; al mirar a mis dos hijas corriendo por el jardín, volví a recordar aquella frase: *“para el verdadero amor, no hay edad... para los placeres de la vida no hay tiempo. Y para ser madre, solo basta con tener un corazón capaz de cargar con un hijo por el resto de su vida”*

Entré al salón, con los pies hinchados y el cuerpo adolorido. Eran las dos de la tarde de un domingo del mes de octubre. La casa estaba en silencio, salvo por los sonidos característicos de aquel clima otoñal. Beatriz me seguía a mis espaldas, dando órdenes al resto de sirvientes para que se encargaran de llevar la ropa sucia a la lavandería, y después subir los baúles al dormitorio. Estaba ansiosa por comenzar a leer el diario de mi madre, antes de leer el resto de cartas las cuales tampoco eran muchas. Pensé que en ese orden me sería más fácil comprenderlo todo.

—¡Qué alegría que estés de vuelta Maddy!— saludó mi esposo ilusionado, sacándome de mis

cavilaciones. Miré sus ojos centelleantes en felicidad y su sonrisa pícara que tanto me agradaba —Te extrañé mucho.

Le sonreí de vuelta, y me aferré a su cuerpo. Cuanto extrañaba su calor, su aroma. Me sentía muy sensible después de pensar en mi madre y recorrer aquellos tramos del sur.

—Yo también cariño— le saludé con un beso dulce en los labios. De no haber estado tan cansada por el viaje, hubiera sido un saludo más efusivo, pero Roger estaba tan feliz de tenerme de vuelta, que no le importó cómo le saludara —Fue una larga semana. Ya ordené los papeles con el abogado y ahora la casa es nuestra. Bueno de nuestras hijas.

Roger sonrió de nuevo, marcándosele dos hoyuelos bajo los ojos, justo a cada lado de sus pómulos.

—Me agrada saberlo Maddy, estoy seguro de que tu madre está muy orgullosa desde donde te mira. ¿Descubriste algo nuevo? Es que te noto algo preocupada.

—Sí, en realidad descubrí más cosas de las que esperaba. Pero no quisiera contarte nada todavía, hasta no estar segura. Tengo la cabeza hecha un lío y hasta creo que he comenzado a sacar conclusiones erróneas.

—Tú y tú cabecita creativa— dijo simpático acariciándome las cienes —Me enamora tanto esa imaginación con la que has nacido— Roger me besó cariñoso la frente, y luego de soltar mis manos, me hizo un masaje en los hombros. Acercó su rostro al mío y susurró: —No te canses mucho querida, estaré en la oficina por si me necesitas.

Asentí un tanto distraída. Me llevé el diario de mi madre a la terraza y me dejé caer en el sillón floreado. El viento próximo al invierno soplabla con poder en mi rostro, agitándose el cabello y los vuelos del vestido. Las hojas del jardín se elevaban sobre el suelo, y volaban por el cielo como papeles de tafetán. Me acomodé mejor en el asiento y comencé a leer.

&&&

### ***Richmond, 1866***

La casa estaba tan vacía sin la presencia de Arthur, que por un momento comencé a mirarlo y a sentirlo en cada rincón de la cabaña. Por las noches sentía cómo se acercaba a mi cuerpo, para arroparme como lo hizo durante tres años. Olía su perfume al despertar y dormía con su recuerdo cada noche. Pensaba donde se encontraba y cómo se sentía, si aún me extrañaba o si ya me había olvidado. Otras veces me culpaba por haberlo sacado así de mi vida, si era lo único bueno que me había pasado en años, pero no podía ser tan egoísta. Él tenía un futuro por vivir, sueños que deseaba cumplir y no me perdonaría jamás, ser la causa que terminó con ellos. Cerré los ojos mientras las gruesas lágrimas me salían a borbotones por los ojos, recordé la forma tan cruel de echarlo fuera de mi vida. Me partió el corazón, lo saqué como si fuera una basura. Pero estaba llena de miedo, y debía parecer fuerte e insensible aunque por dentro me moría de pesar.

Lo nuestro no tenía futuro, aunque durante esos años creí ingenuamente que el amor podía contra cualquier adversidad. Imposible era sacarme de la cabeza aquella triste y real visión. Una realidad que me hizo despertar de un sueño, al comprender que Arthur estaba en la flor de la vida y que merecía algo más que solo unos cuantos momentos románticos.

—¡Debes marcharte!

Dije sin permitir que la tristeza se reflejara en mis ojos, o me quebrara la voz. El rostro de Arthur cambio de gesto, petrificándose en una masa de piedra.

—¿Porque?— preguntó alterado y sorprendido. Dejó caer el hacha a sus pies y el pollo que iba a degollar para el almuerzo, salió revoloteando feliz de que le perdonaran la vida—Yo te amo Francesca— dijo aferrándose a mis manos, deseoso de abrazarme en esos momentos y fundirse con mi cuerpo para que nada jamás nos separase —No puedes sacarme así de tu vida— sus ojos se aguaron y su frente se contrajo en arrugas prematuras. Me alejé todo cuanto pude de su cuerpo, para no arrepentirme de aquello que estaba haciendo. Pero Arthur se acercó más a mí, acorralándome entre el árbol y una de las paredes de la cabaña —Dime Francis, ¿Por qué quieres que me vaya?— habló cerca de mi rostro, intentando convencerme de mi error, tras un beso que negué al apartar mi rostro —Dios... dime ¿Qué voy a hacer sin ti?

—¡Arthur...!— susurré acercándome a él. Apoyé mi frente contra su pecho y dejé que su tibieza me aquietara un poco —Respóndeme solo una pregunta, ¿Qué harás en unos años cuando yo sea una anciana y tengas que cuidarme como si fuera tu propia madre?— el rostro de Arthur palideció tanto como sus labios. Tornándose en un espectro ya sin vida. Apretó los labios con fuerza, haciendo de aquella sonrisa que tanto me gustaba, una línea inexpresiva—Dímelo— demandé con la voz llena de rabia —¿Has pensado en ello aunque sea una sola vez?

—No, perdóname... Francis, pero eso...

—¡Cállate Arthur! No digas nada. Yo sí lo pensé y lo pienso cada día— mi voz parecía un ecualizador dañado, subía de tono y otras veces bajaba mucho la frecuencia —A cada momento... Lo nuestro es un yugo que me carcome como un cáncer, a la vez que el amor le acompaña remendando sus atrocidades. ¿Crees que esto es justo para ambos? Vivir una fantasía, un sueño que para mí no será otra cosa más que solo un secreto. Mi secreto más ansiado y con el que moriré sin contarle a nadie.

—Perdóname, perdóname Francis por amarte tanto. Por no ser más viejo...— Arthur se dejó caer al suelo de rodillas derrotado, y sumergió sus lágrimas dentro de sus palmas ennegrecidas por la tierra —No había pensado en eso. Yo solo disfrutaba cada momento contigo como si fuera mi último respiro— No pudo terminar de hablar; me acerqué a su cuerpo y me coloqué a su mismo nivel. Sus labios se prensaron de los míos para callarme con un beso apasionado y lleno de encanto. Mis piernas temblaron, agitadas y mis labios deseosos de fundirse una última vez con sus labios, pero me aparté—No me abandones Francis, te lo suplico.

Me levanté del suelo y corrí para escudarme con el único árbol que tenía cerca.

—No me pidas lo imposible Arthur— expresé asomando parte de mi rostro abatido, ahora bañado en lágrimas —Me costó mucho tomar esta decisión y no pienso retractarme— me giré en mis talones dándole la espalda para llorar con mis ojos perdidos en la lejanía —Sobre la cama está tu equipaje, llévate toda la ropa de Jonathan, y cumple tu sueño de ser médico. Cásate por amor y ten muchos hijos. Los hijos que jamás podré darte.

Permanecí un rato aferrada a la corteza del árbol, luego una energía me invitó a pasar dentro de casa y permanecer en un rincón de la cocina. Quizás para mirar por última vez y de reojo, al único hombre que había amado en toda mi vida.

Ahora era una mujer de cuarenta y tres años, con el alma pesada y todo el agobio de la vida misma, presionando contra mi pecho. De los escasos vecinos que quedaban en el pueblo, había dejado de relacionarme con ellos. Después de mi amorío con Arthur, ya no me miraban con muy

buenos ojos. Mucho menos ahora que en mi vientre prominente y redondo, crecía nuestro hijo. Seguía haciendo el trabajo de la granja con grandes esfuerzos, el embarazo me había traído más desgracias que bendición. Aun cuando el bebé que esperaba, fuera lo único que me quedaba de Arthur. Trabajaba de sol a sol, labrando la tierra para nuevas siembras, recogiendo huevos, ordeñando las vacas, matando pollos. Vendiendo huevos y leche a quienes desearan comprarla para el norte. Era un oficio esclarecedor, como si fuera mi propia esclava, aunque de cierto modo si lo era. Era prisionera de mi dolor, soledad y recuerdos.

Me llevé la mano a la frente, y corrí los mechones de cabello desordenado, luego mi vientre punzante me provocó arcadas, mareos o dolores insoportables en la espalda. Quería acabar con ese embarazo tan pronto me fuera posible. Ser madre era un error, como lo fue también enamorarme de Arthur. Dejarlo ser parte de mi vida, y cortarles finalmente las alas. Nada de ello tenía perdón de Dios.

&&&

La guerra civil había llegado a su final y con ello, la vida de cientos de ciudadanos se vio afectada; unos porque murieron en el enfrentamiento y otros más porque perdieron todas sus posesiones. La gran mayoría de granjas habían quedado destruidas, los bancos habían quebrado y las fábricas de algodón y tabaco, se convirtieron en poderosas productoras de armamento. Muchos pueblos de Virginia quedaron incomunicados, puentes destruidos y la antigua estación del tren desbaratada. Los esclavos negros fueron liberados, y buscaban con desesperación asilamiento, comida y estudio para sus hijos. Yo estaba muy poco enterada de lo que sucedía, pues no salía de casa. Las compras me las hacía Karen y ella era quien me ponía al tanto de lo que pasaba en nuestro país.

Sabía que pronto necesitaría de ayuda extra para no echar a perder los esfuerzos que Arthur logró. No quería perder a mis escasos clientes, por culpa de la maternidad. Necesitaba un administrador y un jornalero, para que la granja funcionara como lo venía haciendo durante años.

—Buen día Francesca.

Saludó sonriente Karen, una mujer poco menos mayor que yo, de piel oscura y cabello ensortijado. De los pocos vecinos que me dirigían la mirada y la palabra, estaba ella. Una mujer negra quien después de dada la libertad a los esclavos, perdió a su esposo por una gangrena. Al igual que yo, era la marcada por los pueblerinos. Ella por ser negra y yo por ser promiscua. Entre nosotras surgió una verdadera amistad, y juntas nos apoyamos al reflejarnos la una en la otra.

—Buen día Karen. ¿Qué hay de nuevo?

Pregunté realmente interesada.

Desde que Arthur había partido, no sabía qué estaba ocurriendo más allá de mi área. Eran tiempos convulsos y difíciles. Después del asesinato de Lincoln, y una vez ganada la victoria del Norte todo comenzó a cambiar. Las palabras de Jonathan me llegaron a la mente en su momento justo *“la historia del país comienza a redactarse”* ¡Cuánta razón tenía!

El final de la Guerra Civil, marcó no solo un cambio drástico en la historia del país sino también una reestructuración de la economía. El fin de la esclavitud dio libertad a casi cuatro millones de negros que trabajaban en condiciones deplorables, y aunque muchos solteros se alegraron de su libertad, muchas otras familias como la de Karen, sufrieron al quedarse en la calle y con poco dinero para mantenerse. Muchos de los habitantes blancos sureños, tratando de controlar a los nuevos libertos, idearon leyes estatales para recuperar a sus antiguos esclavos. La

aparcería era una oportunidad de conveniencia aparentemente mutua; los blancos tendrían sus tierras trabajadas y los negros tendrían su sustento. Pero no de la manera en la que Lincoln antes de su muerte había querido, sino que el sur anhelaba continuar con su afán esclavista, y de poder agroeconómico.

—Francis, ¿Qué puedo decirte? El país está pasando por grandes cambios, a nosotros que somos pobres nos beneficia gratamente, pues el estado nos da alimento, medicamentos y estudio para nuestros hijos, pero para quienes son dueños de granjas productivas— dijo con suavidad, haciendo un gesto con el mentón para referirse a mí —No es su mejor momento. Si te das una vuelta por el centro, verás cómo hay cantidad de militares del norte, enviados por el presidente Johnson. Me siento feliz de que la esclavitud se haya terminado, pero sabes... entre este presidente y Lincoln hay una gran diferencia, Johnson tiene poco interés por las necesidades de los esclavos emancipados. Se olvida que también somos personas.

—Te entiendo, eso fue algo que siempre le recriminé a mi padre. Él era dueño de esclavos y poseía una gran finca; ahora no tengo idea qué fue de él— medité un rato en silencio, recordando que Kalahan el padre de Arthur, corría de seguro con la misma suerte. ¿Qué pasaría con él y sus tierras? —Y ¿Qué sucederá ahora con ustedes siendo libres? Me refiero a que si el presidente los desconoce como ciudadanos, y ya no hay esclavitud ¿En qué...

—Eso es lo que venía a decirte— dijo animada y sonriente, interrumpiéndome a mitad de la pregunta —Varios de mis primos me han contado que el estado creó la Oficina de Libertos, donde nos dan alimentos y ayuda médica a los antiguos esclavos, mientras se redacta el acta de los derechos civiles. Como sabrás, el norte siempre desarrollado en su infraestructura e industria, está abriendo fábricas ahora en varios estados del sur y contratará mano de obra negra para que laboren en sus industrias.

—Es una gran noticia Karen, realmente me alegro mucho por todos los tuyos.

Jim Crow fijó una serie de leyes gubernamentales donde en efecto los esclavos eran libres del mando blanco, pero no había igualdad entre las razas. Los negros iban por su lado y los blancos por el suyo. Aquellos negros que desearan votar en las elecciones, debían pagar impuestos y hacer pruebas mentales para dimitir que eran capaces de elegir un representante acorde a sus necesidades.

—Eres muy amable Francis, me pregunto ¿Qué será de ti ahora que el chico ya no está para cuidar por tu finca?— la miré con nostalgia, incluso ella pensaba igual que yo. Me llevé una mano a mi vientre y sonreí con tristeza. Dentro de mí crecía una parte de Arthur. Mi bebé, nuestro bebé —En pocos días serás madre, y dudo que puedas seguirle dando atención al maravilloso trabajo que hizo el jovencito durante tanto tiempo.

—Eso mismo he pensado durante meses, hasta que la semana pasada recibí su primera carta. Me llenó de tanta melancolía, pero también me emocioné mucho por él. Dice que está estudiando para ser médico y que dentro de muy poco, encontrará trabajo.

—¿Y ya le has escrito de vuelta?

Preguntó animada, los ojos le chispeaban con una calurosa lujuria.

—No, quizás no lo haga nunca. ¿Para qué, para decirle que es padre? No Karen lo siento, pero Arthur no debe regresar, él está haciendo su vida y estoy segura que dentro de muy poco se podrá casar.

—Entiendo, como mujeres siempre tenemos las de perder. Si lo sabré yo.

—¿A qué te refieres?

—Que los únicos que tienen derechos ciudadanos, son los hombres de mi raza. Mi hijo Ekon tiene veinticinco años, es un chico fuerte y muy trabajador. Pensaba ir a trabajar a una de las fábricas que están por abrir en Richmond, pero viéndote sola y como futura madre, pienso que lo mejor es persuadirle para que se quede a trabajar aquí una temporada. Para cuando tu bebé sea un poco mayor, podrás volver a encargarte de la finca. ¿Qué dices?

—No teniendo otra opción más, acepto— expresé con una amplia sonrisa, sintiendo el confort que la mano de Karen me daba al palmear mi espalda —Ya sabes que mi bebé y esta finca son lo único que tengo de valor.

Karen dejó la ropa que lavaba colgando del lavadero y se acercó para darme un fuerte abrazo. Puso su mano en mi vientre, la movió por toda su circunferencia y tras abrir los ojos, me dio una noticia que no esperaba recibir tan pronto *“Será una niña Francis, una hermosa niña... y nacerá en tres días”*

¿Una niña? Pensé, y yo esperaba que fuera un chico para que se encargara de la finca. ¿Qué iba yo a hacer sola, viuda y con una niña en brazos?

## Capítulo 2

### *Virginia, 1862*

Esa mañana durante el desayuno, la mesa estaba silenciosa como de costumbre a diferencia de la hora del almuerzo o la cena que siempre resultaba ser más animada. Meghan jugueteaba con un pedazo de fruta en su plato, observando el jardín por la ventana con aire distraído.

—Señorita Robards, hay una correspondencia para usted.

Anunció Jöel, entrando al salón con una bandeja de plata y sobre esta, una tarjeta nítidamente doblada a la mitad.

Kalahan levantó la vista de los papeles que revisaba, en la cercanía de su familia para estudiar el rostro pálido y contorsionado de su hija.

—¡Vaya, vaya querida Meghan! no sabía que tuvieras un pretendiente—Vaciló Anne con tono fastidioso —¡Qué bien escondido te lo tenías!

Agregó mirando de reojo a Wauters para que él también siguiera su juego, a lo que él desistió.

En el fondo sentía lástima por esa chiquilla, aunque tampoco podía negar que le fastidiaba sobre manera.

—No, en realidad no lo tengo que yo sepa.

Respondió su hermana con tono frío. Las pupilas dilatadas en alerta y los hombros levantados con tensión. Sabía bien de quien se trataba aquella correspondencia, pero no quería leerla ahí en medio de todos y peor aún, teniendo al militar Wauters enfrente, quien la miraba con los ojos fijos como estudiándola con atención.

—Abra el sobre hija, que todos estamos afanosos por conocer las buenas nuevas— comentó su madre emocionada —¿Será una carta de Arthur?

Meghan sacudió la cabeza, sintiéndose asqueada al leer recientemente en el encabezado del sobre, el apellido del coronel Wilson decidió no abrir la correspondencia.

—¿Qué pasa Meghan? Por favor, abra el sobre de una vez.

Meghan rasgó el sobre con las manos temblorosas, tras oír la demanda exigente en voz de su padre y leyó con rapidez.

Era una pequeña correspondencia, solicitando su permiso de visitarla el día siguiente para tratar temas de interés. Levantó los ojos del papel y miró a todos los espectadores, ruborizándose al captar la mirada crítica de Edward.

—Es una carta...— balbuceó, dudando si continuar o inventarse una excusa —Del coronel

Wilson, solicitándome permiso para apersonarse mañana.

Dorothy sonrió satisfecha, casi a punto del éxtasis. Mientras Kalahan meditaba aquella nueva oportunidad. Si el coronel realmente estaba interesado en su hija, él le ayudaría a conquistarla.

—Por favor Meghan, no le haga sufrir más a mi pobre amigo— La voz de Wauters sonó como una deliciosa cascada en medio de aquel silencio incómodo —Hace varias semanas, desde que su hermano partió que no deja de pensar en usted. Cada vez que me escribe, me pregunta por su salud y alegría. Para él su bienestar es muy importante, como lo es también para mí.

Meghan se sintió nerviosa al captar un ligero interés por parte del militar, pensando que después de todo, no le era tan indiferente. Luego se sintió obligada a aceptar la visita de aquel meloso solterón, no porque su padre o Anne la observaran con ojos asesinos, sino por la calidez de la súplica que encontró en la voz y en los gestos de Wauters. Imposible contenerse, aquel marino la tenía locamente enamorada. ¡Dichosa era su hermana! Pero se preguntó por cuanto tiempo lo sería.

—Aceptaré su visita, pero no pienso hacer otra cosa más por él.

Dijo de mala gana, guardando la carta con disimulo dentro de su escote.

—Permítame hablar con él primero Meghan— Comentó Kalahan, como si aquello no estuviera ya planeado ni pensado con meses de antelación. —Antes de consentir un cortejo por su parte, necesito cerciorarme de muchas cosas.

Por la noche, una vez que todos se fueron a sus respectivas recámaras y cuando los sirvientes dormían en la profundidad de sus más ansiados sueños. Meghan dio lugar a su último plan. Sabía que Wauters la repudiaba y hasta sentía cierto odio hacia ella, pero era partidaria de que entre el amor y el odio, solo distaba un paso y ese paso se llamaba pasión. Durante el desayuno le pareció captar cierto interés en Wauters, más aun al expresarle que él también se preocupaba por su bienestar. Quizás no todo estuviera perdido, y ella pudiera conquistarlo. Con suerte él la elegiría a ella en lugar de Anne.

Caminó con sigilo hasta el dormitorio de Wauters, vistiendo un albornoz de muselina tan traslucido como la neblina misma. Giró la cerradura de la puerta con suficiente cuidado y pisó el suelo de madera con las puntas de sus pies descalzos, procurando que ninguna tabla crujiera bajo sus pasos.

A medio camino, encontró la cama amplia y cómoda, con dosel en tonos verde oscuro y dorado. Y ahí, en un rincón arropado se encontraba el cuerpo de Wauters, respirando quieto y con los ojos muy apretados en un letárgico sueño.

El corazón comenzó a latirle y las manos a sudarle profusamente. Sin perder más tiempo, entró en la cama y se pegó al cuerpo del militar, esperando su reacción. Una reacción positiva, una vez que sus manos se afanaron en provocarle caricias prohibidas. A la vez que en el oído, le susurraba inquietudes que despertaran la duda respecto a Anne.

Al cabo de unos minutos, el cuerpo de Wauters despertó de su ensoñación y balbuceó fascinado, pensando que quien le seducía era su amada prometida, pero al girarse se encontró con el rostro de Meghan. Un rostro regordete, de cejas negras y tupidas. Con los ojos achinados y los labios pequeños como un botón incompleto.

—¡Santo Dios!— el marino gimió, dando un salto lejos de la cama. Los ojos grises de pupilas dilatadas, estudiaban aquel espectro en la vaga iluminación del dormitorio, provista tan solo por la mortecina luz de la luna —Señorita Meghan, ¿Qué hace usted aquí?

—Reclamando lo que me pertenece—

Expresó, deshaciéndose del albornoz para quedar expuesta con su figura de piel lechosa que bajo la luz de aquella noche tormentosa, irradiaba deseo por cada poro.

Wauters tragó grueso, sintiendo cómo su cuerpo se tensaba. Trató de taparse los ojos con las manos, pero algo le impedía hacerlo. Odiaba a esa mocosa impertinente, mimada y por si fuera poco, con cara de muñeca barata. Pero qué deliciosa se miraba desnuda bajo aquella luz blanca azulada.

—¿Se piensa quedar toda la noche mirándome?.

Wauters saltó de nuevo a la cama, después de ponerle llave a la puerta. Se desnudó con rapidez y tomó a Meghan en brazos para tirarla en la hamaca de madera, cercana al amplio ventanal. Abrió las puertas de vidrio para dejar que los gemidos se escaparan con el viento, y con la lluvia de aquella noche.

Al amanecer, el cuerpo de Meghan saboreaba aquel éxtasis que tanto había anhelado. Con esa noche de seguro Wauters se tomaría más en serio el delimitar una fecha próxima para su boda. De seguro Anne no le había dado ni tan siquiera un beso arrebatador, porque sabía que ella era toda precaución, timidez y miedo. Su hermana de besos castos y roces superficiales no pasaba. Pero ella, ella estaba dispuesta a darle algo más que solo besos y caricias, y esa noche había dado solo una ligera muestra de lo mucho que le podría dar, de elegirla a ella.

Estuvo toda la mañana sentada en el jardín, pensando en la noche anterior y cómo el marino después de aquel encuentro, se le había terminado de meter más hondo en las venas. Luego recordó que el coronel llegaría cerca de las diez de la mañana para hablar con su padre y luego visitarla a ella. Claro, siempre y cuando Kalahan se lo permitiera, de lo contrario ella seguiría con su juego de seducción.

—Mi estimado coronel Wilson— saludó el señor Robards, levantándose del asiento de su escritorio —Mi hija recibió ayer una carta de usted. Dígame, ¿Qué le trae de regreso por aquí?

—Ya usted sabe que estamos en guerra, y que tanto mi amigo el señor Wauters como yo, pertenecemos a la armada— Kalahan asintió aun sin entender el fondo ni el fin de aquella visita, pero invitó al coronel a sentarse y proseguir con su discurso —Yo solo quería pedirle permiso de cortejar a su hija y de ser posible, desposarla antes de partir a la guerra. Estoy enterado de que la señorita Anne y el señor Wauters, están organizando la fiesta para su próximo compromiso. Me alegra mucho saberlo, pero como le he dicho yo... —

Kalahan levantó su pesada mano al aire, salió del encajonado rincón del escritorio y caminó con el señor Wilson hasta la ventana que daba al jardín.

—Dígame nada más señor Wilson, ¿Ama o cree poder amar a mi hija algún día?—

Preguntó señalando su figura menuda, confundiéndose en el follaje del jardín. No es que tuviera a su hija por menos, pero comparada con la radiante belleza angelical de Anne, y su dulzura, Meghan era como una desatada pordiosera. Además, Kalahan sabía el temperamento de su hija, y este no era muy atractivo para los caballeros. Le extrañaba que el coronel mostrara tanta insistencia por hacer de esa chiquilla, su futura esposa.

Wilson trago grueso, recordando las cartas de su amigo y cómo este le exponía lo errado que estaba al querer cortejar a Meghan, no solo por su físico poco atractivo sino por su mal carácter y de lo insoportable que era. Pero aun así el señor Wilson sentía algo más que solo atracción física o simpatía por esa chiquilla mimada. Sentía que la amaba desde el primer momento.

—Sí señor Robards— Expresó con una sonrisa sincera —Siento desde la primera tarde que la vi, que la amaba.

Kalahan contuvo la risa, pues le costaba entender como un nombre de la edad de Wilson y con la posición que tenía, fuera capaz de caer en el romanticismo y las cursilerías. —Le creo señor Wilson, viniendo de usted, una figura tan imponente y poderosa— habló con cautela, evitando el sarcasmo —Mi hija tuvo que cautivarlo mucho, para que la escogiera. De ser así, tiene mi consentimiento. Le tendió la mano y luego le invitó hasta la salida. —Mañana le espero para una cena en familia. Esto debe ser celebrado.

Esa noche, fue galante y prometedora. Kalahan era un hombre de negocios, no solo con sus productos, sino con sus proyectos también. Y entre sus tantos proyectos estaba ver a sus dos hijas casadas con prontitud, y de la manera mejor esperada.

La familia Robards a petición de Kalahan, organizó una cena íntima con ambos generales; el coronel Wilson y el marino Wauters. Durante la velada Wilson no apartó los ojos del rostro de Meghan, la observaba como quien mira un tesoro tras una vitrina de cristal. Como si esa chiquilla fuera intocable. A la vez se reprendía a si mismo por sentir de vez en cuando, deseos morbosos pero lo que mayor dominio tenía en él, era el amor. ¿Cómo podía amar a alguien sin conocerla? Amarla con tanto poder y entrega.

—Estimados, hoy es un día muy importante. Creo que no hace falta presentar de nuevo al señor Wilson— dijo Kalahan señalándolo con una copa de jerez —Siendo que nos acompañó hace unos meses. La razón por la que hoy está aquí, es porque va a cortejar a nuestra preciosa Meghan.

Dorothy observó emocionada a su marido, luego dirigió su mirada a los próximos novios y finalmente a Wilson y Meghan. Estaba tan animada, que deseaba aplaudir, pero aquello era una horrible falta de educación y respeto. A lo cual solo se limitó a sonreír. Wilson estaba extasiado, Meghan estaba enfurruñada y se juró que por más esfuerzos que hiciera aquel hombre, ella no sería para él.

Cuando la cena llego a su fin, Wilson se acercó nuevamente a Meghan como lo había hecho aquella primera vez. La chiquilla estaba concentrada en las hojas de una novela de romance, suspirando con el protagonista al que puso el rostro de Wauters. Estaba obsesionada con él. Sabía que no era sano contorsionarse en tremendo manjar prohibido, pero aun así dejó que su imaginación volara y la deleitara, aunque fuera por medio de las letras. Luego recordó su encuentro la noche anterior y se sintió más acalorada.

—Señorita Meghan— Wilson se acercó con las manos tras la espalda —¿Podría por favor concederme unos minutos?— Meghan levantó ligeramente la mirada sobre el libro y sin darle señal alguna, se quedó en esa misma posición, observando con descaro a su hermana como coqueteaba y reía con Wauters. Anne tocaba el piano y Wauters la admiraba con ojos de enamorado. —Sus ojos son un pozo profundo, donde me aventuraría a navegar. No soy marinero, tampoco biólogo. Soy un hombre maduro, un caballero que promete cuidarla y amarla como usted se lo merece.

—Agradezco su esfuerzo de cortejarme señor Wilson, pero usted no me interesa. Ya se lo he dicho en las cartas que me envía, y se lo digo de frente hoy de nuevo. Usted no es mi tipo.

Aquellas palabras crueles y ofensivas, hubieran hecho a cualquier hombre con dignidad y madurez suficiente, darse la vuelta y no seguir con el cortejo, pero no ofendieron a Wilson quien era ya un solterón de casi cuarenta años. Desesperado por encontrar esposa para su pronta vejez. El miedo a morir solo, era una de sus mayores inseguridades.

—¿Me hará entonces pasar la bochornosa pena, de arrodillarme ante usted y suplicarle que me despose?

Meghan lo observó con una sonrisa amplia en su cara. Le agradaba mucho tener a los demás rendidos a sus pies. Wilson era un anciano para ella, eso era un hecho. Pero qué delicioso se sentía ser cortejada, admirada y además, que se humillaran ante ella como si fuera la reina de Inglaterra.

—He de pensarlo con mucho cuidado señor Wilson— expresó con una sonrisa y un ligero rubor en las mejillas —Siendo que de aceptarlo, no sería por amor sino como un negocio. Conozco los intereses de mi padre, y sé porque usted se encuentra aquí también.

—Usted está equivocada señorita, disculpe mi mala educación y franqueza, pero yo la amo, de verdad siento por usted tantas cosas— su voz se cambió a un tono más ronco y profundo, como si con aquel timbre, la intentara seducir —Me inspira ternura, carisma y un deseo profundo por cuidarla y complacerla— Meghan quedó pasmada ante tanta insistencia y majadería de aquel hombre. Eso sí lo admiraba en él, su espíritu tenaz en el amor y valiente para luchar por su país ahora que la guerra había iniciado —Le pondré las cosas fáciles, soy un militar y puedo morir herido en cualquier batalla. Así que no piense en el matrimonio como un negocio ni como un bien eterno. Si usted me acepta, le prometo darle todo cuanto usted desee. Vestidos, joyas, perfumes de Francia. Viajes, una mansión elegante y si lo desea, también hijos y una gran fortuna. No le ofrezco mi amor porque sé que lo va a rechazar, aunque mi amor también lo tendrá, porque mi corazón es suyo desde la primera vez que la vi.

Meghan perdió el aliento con aquella poderosa y un tanto atrevida declaración de amor. Ella quería pasión, deseo, romance y todo cuanto el amor descrito en esas novelas proclamaba. Pensaba en Wauters quien despertaba en ella llamas y suspiros, y en Wilson quien despertaba en ella lastima y repulsión. ¿Qué podría ofrecerle Wauters además de hijos muy atractivos, y posiblemente buen sexo? Nada, la verdad era nada. Pero Wilson ya con esas promesas se le antojaba sobremanera. ¿Podría sacrificar el amor romántico, por la superficialidad material? Para así gozar de una vida de princesa con lujos y caprichos. ¿No era eso lo que siempre pedía en su vida? Sopesó muy bien las cosas, haciendo un balance rápido y comparativo entre ambos generales. Podría sacrificarse, sí, lo haría.

—Está bien señor Wilson, acepto.

—Muchas gracias, seré su esclavo y estaré siempre a sus pies, señorita Robards.

Wilson se hincó en el suelo, y le tomó la mano para besarla con remilgada galantería. Se le veía y sentía tan patético, suplicando y rogando como si temiera envejecer demás, o morir solo en un futuro próximo. Cuestión que la hizo pensar que aquella era la verdadera razón por la cual quería unirse a ella tan pronto. Un matrimonio por conveniencia de la familia y de los novios.

Hacía dos meses que Anne y Wauters habían contraído matrimonio. Se les veía tan enamorados, que Meghan a pesar de que tendría todo lo que cualquier mujer soñaba, no tenía

amor. Y para ella el amor era sinónimo de Wauters, ¿Cómo se lo arrancaría del corazón?

Esa mañana, Wilson llegó a casa de la familia con un presente para su futura esposa. Era una caja de pana en color negro, y dentro traía un juego de oro blanco, con piedras preciosas. Collar, pulsera y aretes. Seguro Meghan no se podría resistir. Sonrió satisfecho y llamó a la puerta.

—Buenos días señor Wilson, puede pasar— le invitó una de las criadas —En un momento le llamo a la señorita Meghan.

Unos pasos a sus espaldas le sacaron de sus cavilaciones, pero lo que verdaderamente le hizo darse la vuelta fue el olor a perfume de rosas que llenó la habitación.

—Señorita Meghan, que honor me hace verla de nuevo— exclamo con los ojos resplandecientes —Usted se ve tan elegante y radiante, como una azucena en medio de un jardín.

Meghan sonrió contrita, asqueada por la madurez del hombre y sobretodo, por su forma tan rimbombante y poética de hablar. La empalagaba y sacaba también de quicio; pero si fuera Wauters quien se expresaba así, ella se derretiría a sus pies.

—Buen día señor Wilson. ¿Qué le trae por aquí hoy?

—Deseaba saludarla y además, le he traído pequeño un presente.

Meghan tomó la caja en sus manos con aburrimiento, pero al abrir la tapa sus ojos se abrieron como dos conchas. Era un collar tan elegante, a juego con los pendientes y la pulsera. De seguro lo había comprado en *Brandon's & Daemons*. Debió costarle una fortuna.

—Es precioso, realmente hermoso. Muchas gracias señor Wilson.

Exclamó con los ojos chispeantes y el semblante cetrino por la sorpresa.

—No es nada, solo un presente más para mi futura esposa— le besó la mano con recato y se aventuró a preguntar —¿Puedo saber cómo va la fiesta de compromiso?

Meghan permaneció estática, dudando si decirle lo que ella pensaba o lo que en realidad estaba por tomar lugar.

—Cómo ha de saber, los que organizan la fiesta son mis padres, y a mí eso me tiene sin cuidado. Vaya usted a saber cuándo sucederá, pero tenga por seguro que soy mujer de palabra y me he de casar con usted. Espero su palabra también tenga fundamento.

—Por favor señorita Meghan me ofende usted con tremendo argumento. Si de matrimonio se trata, para usted es una transacción de bienes, y para mi es ganar una joya invaluable.

Meghan se alejó de Wilson poniendo los ojos en blanco y sosteniendo la caja con las joyas contra el pecho. Miró de reojo a Wauters jugando con un mechón de pelo de su hermana, y los celos la invadieron. Se giró sobre sus talones y miró a Wilson con una sonrisa coqueta.

—Es usted tan galante señor Wilson. ¿Me haría el favor de ponerme el collar?

Wilson abrió la caja con delicadeza, se puso detrás de la figurilla de aquella chiquilla y con dedos trémulos, colocó el collar sobre su cuello. Se dejó embriagar por el aroma de su piel, la textura de la misma contra sus dedos vírgenes, y se acercó sin poderlo evitar hasta su oreja. Dejó que su aliento se postrara en la nuca de la muchacha, y le rosó el cuello con sus labios. Aquel estímulo provocó en Meghan tal estado de excitación, que pensando que era Wauters quien la agasajaba, se giró con rapidez y le besó los labios con profundidad. Sus manos tanteaban a ciegas aquel cuerpo maduro, mientras sus bocas se agitaban con eufórica locura.

Al abrir los ojos, toda la excitación había desaparecido. Se alejó de Wilson sin decir nada, y caminó hasta donde se encontraba su hermana. Limpiándose los labios al tiempo que miraba el suelo, siendo marcado por sus pasos rítmicos.

Anne al observar la valía de aquel juego de joyas, no pudo evitar sentirse asombrada. Wauters se giró con rapidez para mirar qué había sido aquello que a su esposa, había llenado con tanta sorpresa y se sintió avergonzado. Él no podría agasajar a su preciosa Anne, con presentes tan caros. Su sueldo no daba para tanto y además tenía un proyecto de mayor importancia entre manos. Quería comprar una casa tan pronto le fuera posible y hacer su vida al lado de Anne.

## Capítulo 3

Anne y Wauters vivían en casa de la familia Robards, alojados por la inmensidad de la mansión. Solo esperaban que Wauters obtuviera mucho dinero una vez que regresara del ejército, para poder comprar aquella casita que ambos habían visto en el centro de la ciudad. Aquello daba oportunidad suficiente a Meghan para coquetear de vez en cuando con su propio cuñado.

—¿Cómo te trata la vida a lado de mi hermana Wauters?— Preguntó Meghan sin recato y con total confianza, como si fuera un colega de trabajo —Imagino que no te complace como lo haría yo — dijo suspirando con aires seductores, mientras bailoteada alrededor del joven. Se levantaba la falda del vestido, y daba vueltas como una niña pequeña. Wauters sintiéndose incomodo por aquella sugestión, se alejó un poco del jardín y prefirió sentarse en una mesita cerca de los rosales. Desvió la mirada hacia otro ángulo, tratando de ver el rostro de su esposa asomado por algún ventanal —Anda, dime ¿No extrañas ese encuentro sorpresivo? Porque yo sí, cada noche lo recuerdo y deseo volverme a fundir contigo.

—Meghan por favor, debes comportarte como una dama— Wauters habló con la voz temblorosa, aun evitando mirarla a los ojos —Soy tu cuñado y además, vas a casarte con mi mejor amigo.

—No trates de disimular lo obvio Wauters, no te soy en absoluto indiferente— Meghan se acercó más y le acaricio el rostro, luego con un dedo le rozó los labios —Sé muy bien que desde que se casaron, no han tenido intimidad. Debe ser muy duro para ti siendo un hombre, querer tocarla y no poder.

—¿Por qué me haces esto Meghan?

Preguntó Wauters mirándola directo a los ojos. Sus pupilas dilatadas, su corazón agitado, pero sus facciones muy poco armoniosas.

—Porque te deseo, y me come la envidia al verlos juntos— Dijo con tono resentido, sentándose al lado de Wauters, quien ya comenzaba a sudar de los nervios. Sus piernas temblaban sin control. Aquella mocosa era tan poco atractiva, pero tenía sus artimañas para seducir y despertar el deseo en cualquier hombre. A diferencia de Anne, quien era una señorita recatada, dulce y toda una dama. Ella no se sentía cómoda teniendo intimidad en plena casa de sus padres, por lo que le pidió a Wauters esperar por ella, y consumir su matrimonio hasta comprar su casa propia —Todavía me pregunto porque la elegiste a ella y no a mí.

Dijo por fin, girándose de espaldas con los brazos cruzados al pecho. Wauters deseaba poner una mano en su hombro, y pedirle perdón, como si él fuera el culpable. Pero no hizo nada, en su

lugar se quedó estático. Sopesando tantas cosas y sobretodo, aquello último. ¿Por qué Anne y no su hermana?

Eso mismo se preguntó él, la noche en la que Meghan irrumpió en su recámara. Lo había dejado muy alterado y deseoso de más. Tanto que entró en duda de si debía casarse con Anne o mejor cancelar su compromiso. Luego pensó en lo insoportable que era Meghan, y que no podría casarse con una mujer a la que primero no amaba, y segundo a la que no aguantaba por lo arrogante, ruin y grosera que era.

—Eso no es de tu interés Meghan, debes entender que soy un hombre casado, que ama y respeta a su mujer.

Wauters se levantó finalmente de la mesa del jardín, pero Meghan lo detuvo, atrayéndolo para sí misma. Lo cual hizo que sus miradas se cruzaran una última vez, y al ver el deseo que fulguraba en la mirada de aquella joven desatada, Wauters no pudo contenerse más y la besó. La besó con tanto ardor, que sentía su cuerpo más vigoroso con cada caricia y roce de sus lenguas. Meghan movía sus labios con tremenda agilidad, como si toda su vida hubiera seducido y besado a mil hombres por noche. Luego presionó con más fuerza los labios del marino, y antes de soltarlo le dio un mordisco.

—Búscame en las caballerías después de almuerzo.

Le susurró, relamiéndose el poco de sangre que en su boca había quedado.

Durante el almuerzo, la mesa estuvo en un silencio sepulcral. Ese día y toda la semana, Kalahan no estaba en casa. Andaba haciendo más de sus negocios, y esta vez no era con esclavos. Sino con caballos para militares, y sustituyendo sus fábricas de algodón y carbón, por productoras de armamento.

Anne sentada al lado de Wauters, se notaba tan frágil y grácil. Tan amena y sonriente, que despertaba placeres celestiales. Dorothy como mujer de pocas palabras, tenía la mirada sumida en su plato y comía pequeñas porciones, a la vez que saboreaba cada bocado. Meghan tenía una sonrisa triunfante y una mirada llena de maldad. Observó por un rato a su hermana, y se dijo para sí lo orgullosa que se sentía, al tener un temperamento fuerte y dominante. Anne era una damisela en apuros que había puesto su red de sensible, para que callera en ella Wauters, pero estaba segura que él muy pronto preferiría a su cuñada. Ella le tendería una red de la cual no podría escaparse jamás. Volvió a sonreír, sintiéndose más poderosa. Colocó la servilleta en la mesa y se excusó para ir a tomar una siesta. Luego su madre hizo lo mismo y finalmente, Anne prefirió tocar el piano en lugar de dormir. Wauters permaneció en la mesa pensativo, preguntándose si quedarse en compañía de Anne mientras tocaba melodías, o irse a revolver con su loca cuñada.

—¿A dónde vas cariño?— Preguntó Anne, levantando la mirada del teclado. Sus dedos cortos pero delgados, de piel blanquísima descansaban estáticos sobre el piano. —Pensé que me acompañarías como cada tarde.

—Lo siento Anne, pensaba ir a dar un paseo en caballo. Ya muy pronto estaré en batalla y deseo distraerme lo más posible.

—No te disculpes cariño, te entiendo. Últimamente te he visto un poco preocupado, y cabalgar te hará mucho bien.

Wauters sonrió sintiendo pesar en su corazón. Su voz tan melodiosa y comprensiva, su mirada

inocente y su rostro angelical, por un momento le tentaron a quedarse, pero luego recordó a Meghan y su cuerpo no lo soportó más.

—Hasta la hora del té.

Se despidió con simpatía. Evadiendo su mirada. Anne en su lugar le dedicó un gesto ameno con su cabeza, y siguió afanada con el teclado.

## Capítulo 4

Wauters caminó hasta las caballerizas con el corazón desbocado y con sentimientos encontrados. Pero su cuerpo de hombre clamaba a gritos por otro, y sabía que una vez en batalla, no podría volver a gozar de las maravillas del sexo en mucho tiempo. Anne no se quería entregar a él por pudor, miedo y vergüenza. Y él como un caballero la respetaba, la amaba y por eso estaba dispuesto a sacrificarse, hasta que ella se quisiera abrir para él. Pero Meghan, esa maldita mocosa era como una plaga deliciosa que no podría erradicar de su mente y cuerpo. Ya una vez la probó, y con la provocación de aquella mañana, algo se despertó en él.

—Por fin llegas, pensé que me haría de piedra esperándote.

—Perdón por la tardanza, estuve a punto de no venir, pero algo me atrajo hasta aquí.

Meghan lo miraba escondida en uno de los barrotes de madera, que sostenía la estructura. Su cabello negro, colgaba suelto a un lado, y sus ojos oscuros chispeaban tornándose cobrizos. Wauters estaba de pie en el centro del lugar, pensando de nuevo si dar un paso adelante o tres hacia atrás y hacer el camino de regreso. Pero Meghan fue por él y lo atrajo hasta su cuerpo, tomándolo de la camisa. Había planeado ser ella quien lo domara y sedujera como aquella noche, pero la sorprendida fue ella cuando Wauters la levantó con fuerza y la llevó en andas hasta el rincón lleno de heno y paja. Le subió la falda del vestido, mientras la besaba con locura. Le bajó el escote y besó sus senos, saciándose en ellos. Luego su cuerpo sobre el regordete de ella, comenzó a forcejear entradas rítmicas y desbocadas. Meghan se tapaba la boca para no emitir sonido alguno, mientras Wauters jadeaba como si se le fuera el alma en cada embestida. Luego se salió de su cuerpo y cayó rendido a un lado, buscando oxígeno que diera recuperación a sus células en llamas.

—Anne no lo debe saber me has oído— Le amenazó Wauters, tomándola del mentón con fuerza, soltando su aliento tibio y sudoroso en el rostro de la chiquilla —Esta es la última vez que lo haré ¿Me oyes? No quiero traicionar a mi mujer. Meghan lo miró con aire retador, luego apartó su mano de su rostro y le ofreció una venia.

—Como ordene señor Marine. Pero no creo que pueda aguantar mucho tiempo, sin mí.

—¿Me está retando?

—Tómelo como quiera, reto o tregua, me da igual. Pero yo siempre estaré en espera de usted.

Se atusó la falda, se acomodó el vestido y se sacudió la melena para que no quedara rastro de paja en él. Luego salió triunfante de la caballeriza, recordando aquella deliciosa sorpresa, y cómo uno de sus tantos sueños con Wauters, ya comenzaba a surtir efecto.

Tras el regreso de Kalahan a la familia, se organizó la fiesta de compromiso entre Wilson y Meghan, a la vez que la misma sería motivo de orgullo para despedir a ambos generales a la guerra. Las cosas no estaban bien en el estado del Sur, los ataques a Fort Sumter y la división de Virginia ya eran motivos urgentes para no retrasar más su ingreso a batalla. Anne estaba con la mirada llena de horror y tristeza, de solo pensar que su preciado Wauters muriera y la abandonase a su suerte, era insoportable mientras para Meghan la ida de Wilson la dejaba sin cuidado. Ella pensaba en Wauters, en lo que sería para ambos estar separados y deseándose mutuamente. Pero había algo, un secreto que la tenía cavilando desde semanas atrás, y no era solo el deseo sexual, el capricho y la obsesión que sentía por aquel marino, sino una gestación que anhelaba cubrir con el apoyo de Wauters. No quería decirlo a nadie todavía, había esperado cuatro semanas para hacerlo, pero ahora que él se iba no podría ocultarlo más.

—Querida, volveré te lo prometo.

Wauters expresó, tomando las manos de Anne, quien lloraba desconsolada.

—Te amo tanto cariño, por favor, ten mucho cuidado y escribe cuando puedas.

Le besó los labios con ternura y sencillez. Luego le rodeó los hombros en un abrazo lleno de tristeza.

Cuando se soltaron, Meghan le esperaba al final de la línea. Wauters dudaba en cómo sería la mejor manera de despedirse de su cunada, sin que aquello despertara sospechas. Y lo mejor fue solo tomar su mano y besarla con recato.

—Tengo algo que decirte— le susurró —Es muy importante.

—¿Y no puedes esperar?, no es momento ni lugar para conversar.

—Lo siento, pero no, no puedo esperar.

Wauters se enderezó y la miró con total indiferencia, los demás ya se habían ido y quedaron solos, en compañía del cochero y una sirvienta.

—Espero un hijo tuyo.

—¿Que estás diciendo?

Pregunto alarmado, creyendo que se trataba de una broma más.

—Lo que oyes, estoy embarazada y quiero que veles por nuestro hijo. Le darás un apellido y cuidarás de él.

—¿Cómo piensas que yo haga eso? ¿Qué pasará con tu familia y con Wilson?

—Mi familia no sospechará nada, y Wilson no lo hará tampoco.

—¿Piensas decirle a tus padres que te acostaste con Wilson?— Meghan asintió con frialdad. No había otra opción —Estás demente— dijo con una risa burlona —Wilson no te creerá una sola palabra. ¡Oh! Ya sé, le mentirás a mi amigo diciéndole que tú ya estabas en cinta y que por favor no diga nada.

—Quizás eso que dices me favorezca, pero yo tengo mis razones. Lo único que te debe importar, es que este niño es la puerta a una gran fortuna.

—¿Qué quieres decir?

—Cuando regreses y si aceptas que él sea tu protegido, lo sabrás.

Dijo por fin, alejándose del carruaje para entrar de regreso a casa, donde Anne seguía llorando la partida de su esposo, y Kalahan junto a Dorothy preparaban la próxima boda. Cuando

Wilson volviera por vacaciones o de relevo se casarían.

## Capítulo 5

### *Richmond, 1866*

A Arthur seguía extrañándolo, pero ya no me dolía tanto su ausencia ni recuerdo. Ahora tenía alguien por quien velar y esa era mi hija. Madeleine había nacido como una preciosa niña, una semana antes del día de acción de gracias. La prima de Karen fue quien me ayudó a recibirla, era partera y curandera, por lo que una vez que la recibió en sus manos, me vaticinó su fortuna. Dijo que sería una mujer muy especial, cuya vida influiría positivamente no solo en mí, sino en la de los demás.

—Francis, debes recuperarte— dijo Jordi, pasándome una mano por la frente, secándome el sudor que aún quedaba en mi blanca piel —Ahora cuidarás a tu niña y serás una buena madre. Deja que mi ahijado se encargue del trabajo pesado.

Aquello me hizo recordar a Arthur, cuando se ofreció a ayudarme con la granja. Cerré los ojos, aun sosteniendo en brazos a mi pequeña, y lo vi. Lo vi ahí sudoroso y sonriente, lidiando con los árboles y los troncos partidos por las anteriores tormentas. Lo testarudo y esforzado que era, además de valiente. Cuando había hecho aquel trabajo de halar troncos y hacer nuevos leños, había regresado sucio y con varios raspones en el pecho y los brazos, pero él no parecía inmutarse ni acongojarse por ello. Solo se lavó y no me dejó atenderlo.

—Trataré de seguir tus consejos Jordi, pero no sé si podré— expresé con nostalgia —Estoy acostumbrada a trabajar y si no lo hago, siento que me vuelvo loca.

Arthur había limpiado el jardín, renovado la huerta y reconstruido la granja. Todo lo hacía con una dosis de energía, que parecía brotar desde el fondo de su alma, porque parecía jamás agotarse. En una ocasión me dijo que en el amor, la esencia del amor era lo que le infundía de aquella energía. Sí, aquella sensación era mutua. Yo también sentía que su amor, me llenaba no solo de energía sino de vida eterna. Y ahora que no estaba, sentía un vacío atroz, ver a mi hija en mis brazos y cómo tenía tanto parecido con Arthur, me conmovió mucho más.

—No te preocupes por eso Francis, que el trabajo de madre es muy demandante, tendrás tan pocas horas de sueño y tantas de trabajo, que no querrás dar una ojeada a la granja.

Sonreí ante aquella realidad que aun desconocía, besé el rostro de mi bebé y me quedé dormida.

Desperté en medio de la madrugada, mi hija dormía plácidamente, pero en mi corazón algo tamborileaba. Tomé un cuaderno que había comprado en el abastecedor, y sin percatarme de lo

que hacía, mi puño comenzó a moverse de lado a lado y de arriba hacia abajo. Estaba escribiendo lo que parecía ser un diario. Con Arthur había vivido un amor y una ilusión que jamás pensé poder compartir con nadie. Me sentí entonces satisfecha porque mi mayor sueño había sido complacido. Había conocido el amor verdadero y este se había ido de mi lado, para dejarme un segundo obsequio; ser madre.

Me salí de la cama con mucho pesar, cobijé a mi niña en la cuna de al lado y sosteniendo el diario en mis manos, lo llevé junto a la primera carta que Arthur me envió después de haberse marchado. Sentada en el comedor y con una lámpara de gas, comencé a leer.

*“Querida Francesca, han pasado muchos meses desde aquella tarde que decidiste sacarme de tu vida. No voy a negarte el vacío que llevo dentro, pero no me duele porque tú eres quien habita en mí. Tu recuerdo aflora luciérnagas en la cueva del dolor y tu aroma a lilas, me calma la tristeza. Solo quería decirte que estoy terminando mi primer año universitario. Ojalá pudieras venir a mi recibimiento como médico. Tengo tan buenas calificaciones, y aprendo tan rápido, que me han dado la oportunidad para empezar a trabajar. Tengo tantas noticias qué contarte de mi familia y mis hermanas, pero creo que eso bastará con una segunda correspondencia; ahora solo quería saludarte y expresarte mi amor inmortal.*

*Siempre pienso en ti... por favor si lees esta carta no la rompas. No la botes como lo hiciste conmigo. Y si deseas escribirme de vuelta, esperaré ansioso noticias tuyas...”*

***Te amo, Arthur Robards, 1866***

Doblé la carta con un suspiro, y me perdí en la lejanía de aquella noche tan oscura, que se asomaba por mi ventana, dejando que mi imaginación volara. ¿Qué habría pasado si Arthur no se hubiese marchado? Si tan solo hubiéramos decidido estar juntos por amor, y no por apariencias o por miedo al curso del tiempo. ¿Sería feliz de saber que aquí a unos metros de mí, está nuestra hija? *Yo también te amo Arthur*, susurré con suavidad, besando la carta que sus dedos habían redactado y el papel cuyos labios de seguro, habían sellado también.

&&&

Semanas después del parto, mi cuerpo debía recuperarse. Se sentía extraño no cargar con unos kilos de más en mi vientre. Y sí, tal y como Jordi lo dijo, la labor de madre era muy demandante. La granja necesitaba de atención urgente, no solo los animales y las siembras, sino el lugar también. Pero Ekon era un joven reacio a los trabajos de carpintería, él solo trabajaba en granja y en tierra. Así que tuve que resignarme a su oferta.

Karen tenía razón, su hijo era muy trabajador, parecía como si los dueños para los que trabajó, lo hubieran educado muy bien, pues no hablaba nada durante el trabajo y cuando su jornada terminaba, se despedía de mí con un gesto caballeroso, levantando su sombrero y perdiéndose en los frondosos árboles hasta alcanzar la casa de su madre.

Pensé en la carta de Arthur y en lo que me dijo Karen, ese era un buen día para escribirle. Saqué un rato a Madeleine al jardín para que recibiera el sol de verano, mientras yo me columpiaba en la hamaca donde Arthur y yo, pasamos nuestros momentos más románticos. Luego regresé dentro de casa con papel en mano, y le redacté unas cuantas líneas. Sentía el corazón

contrito y el alma vacía. Cuando acabé de escribirle, no había sido una carta sino una liberación desesperada y urgente, de lo que me limitaba a atragantar dentro de mi alma. Hice una bola y boté la carta al basurero. No le enviaría nada. Yo quería distancia y así sería por el resto de mi vida.

Habían pasado ocho meses desde que Ekon comenzó a liderar la granja. Me emocioné mucho cuando Madeleine dijo sus primeras palabras y cuando comenzó a dar sus primeros pasos. Era una niña muy inteligente, curiosa y sobretodo llena de energía. Yo era una mujer madura y me cansaba muy rápido. Me era difícil andar tras ella, correteándola por todo el jardín, así que Ekon también comenzó a echarme una mano con Madeleine.

—Señora, mi esposa Nicole puede ayudarla con la pequeña si lo desea.

—Creo que sería una buena idea, mi hija necesita de una compañía un poco más joven que la que en la vida— hablé sopesando su oferta. Madeleine sería una mujer de sociedad. Y como tal necesitaba de una dama de compañía —Yo dentro de poco seré como su abuela.

Agregué con tono simpático, haciendo burla de mi misma.

Los dos nos echamos a reír, luego el grito de mi hija me cortó aquella alegría. Madeleine se había majado una mano con uno de los troncos que Ekon había cortado para leña. Lloraba desconsolada, hasta que se le pasó el dolor y siguió corriendo por el jardín, persiguiendo una mariposa. Me sentí relajada, al ver que no había tenido accidente mayor. ¡Ojalá todos fuéramos como los niños, que ante el dolor no damos tanta atención y nos concentramos en otras alegrías más duraderas!

Dejé a la pequeña a cargo de Ekon por un rato, mientras iba dentro de casa por una merienda. Hacía un calor bastante fuerte y el pobre chico sudaba profusamente.

—Te he traído un vaso de limonada y un sándwich, espero te reponga las fuerzas.

Ekon tomó a mi hija en brazos y me intercambié a la pequeña por su comida. Tomó el vaso con ambas manos, y lo bebió con desesperadas ansias. Luego se devoró el bocadillo en un solo mordisco para seguir con el trabajo.

Para la hora del té, cuando Ekon había terminado, le di el biberón a Madeleine para que hiciera su siesta mientras yo, ya más calmada respondía aquella carta de Arthur.

*“Estimado Arthur, me alegra mucho saber que comenzó su primer sueño. A diferencia de usted, yo no tengo noticias importantes por contar; salvo que la granja todavía está tal y como usted la dejó. He tratado de administrarla lo mejor que puedo, para no echar por la borda todo su amable esfuerzo.*

*Espero que pronto se reciba como médico, y encuentre nuevamente el amor”*

**Francesca...**

Preferí no ponerle apellido ni fecha tampoco, pues yo ya no pertenecía a nadie. Mi corazón siempre sería de Arthur, pero encontraba ajeno su apellido para mí y el apellido de Jonathan, ya no iba tampoco pues era una simple viuda.

—Ekon, antes que te vayas, ¿me harías un último favor?

—Lo que ordene señora.

Aceptó con respeto, sosteniendo su sombrero apretujado entre sus manos, cerca de su pecho.

—¿Puedes ir al pueblo y dejar esta carta?

—Sera un placer señora, que tenga una hermosa tarde, hasta mañana.

Cerré la puerta a sus espaldas, y preparé la cena solo para mí. No podía esperar a que mi hija creciera, para que me hiciera un poco más de compañía.

## Capítulo 6

Durante cinco semanas, Anne parecía un espectro en la casa. Y la mansión de los Robards había dejado de presenciar las hermosas notas musicales de aquella mujer. Ya no tocaba el piano, tampoco cantaba y mucho menos quería salir a dar un paseo por el jardín. No solo la ausencia de su esposo la tenía al borde del desquicio, sino también saber cómo la nación se iba desmoronando por aquella guerra que se cobraba cada vez más almas y a cambio dejaba cadáveres. Cada noche pasaba con pesadillas terribles, viendo a Wauters desangrado en un campo de batalla. Como mujer Anne conocía muy poco los horrores de la guerra, y cómo el mercado iba cambiando de ser agropecuario, a ser armamentista. Solo podía captar pequeños retazos en las conversaciones de su padre junto a otros hombres importantes. Y cómo el rostro de padre muy lejos de parecer preocupado, se notaba cada vez más rejuvenecido y emocionado. Le extrañó mucho no ver esclavos a las afueras de su casa, y los que quedaban eran los sirvientes. Muchos de ellos prefirieron quedarse por cobijo más que por lealtad.

—Debes estar muy emocionada Meghan, falta una semana para que seas la mujer del señor Wilson.

—Sí, estoy emocionada. Debe ser interesante convertirse en esposa y más de un hombre como él, que prometió darme una vida llena de lujos—Expresó con tono añorado, para despertar la envidia en su hermana. Pero Anne estaba tan consumida por el miedo y la desesperanza, que no le importaba nada. Nada que no fuera tener de regreso a su amado Wauters. —Tú deberías salir un rato, aunque fuera al jardín. Necesitas que te dé un poco el sol, pareces una muerta.

—No tengo ánimos de nada Meghan. Esta guerra está acabando con todo el mundo.

—¡Ah, ya! Deja de ser tan dramática Anne. Deberías estar orgullosa de que nuestros hombres son valientes y luchan por nuestra nación.

Anne le dedicó una sonrisa ladina, luego le ofreció un brazo a su hermana, pidiéndole el favor de que la acompañara a pasear por el jardín. Meghan con aire hipócrita le besó ambas mejillas, y la tomó en su lugar de la mano. Entrelazó sus dedos con los de su hermana y salieron a caminar por el amplio jardín. —Sabes, creo que ahora que estarás casada, deberemos pelearnos por tener un primogénito. Papá dará su herencia al primer hijo varón y como yo estoy viviendo aquí, dudo mucho poder embarazarme en largo tiempo.

Meghan sonrió triunfante, sabiendo que esa área también la tenía ya ganada.

—Sí, pero no pienses en eso hermana.

Cuando pasaron frente a las caballerizas, su cuerpo casi la delata, pues en sus ojos se iluminó

la chispa del deseo, y la necesidad de tener a Wauters de nuevo en su cuerpo.

Cuando el paseo terminó, ambas mujeres entraron de regreso a la casa. Ya se acercaba la hora del té. Una sencilla merienda las esperaba en la terraza de la mansión, acompañada de una milicia.

—Señorita Meghan, señorita Anne. Pueden tomar asiento— las animó Letea, mientras servía café en ambas tacitas. —Ha llegado una correspondencia para usted señorita Meghan.

La mulata le entregó el sobre, luego se fue dejando a las dos hermanas tomando su merienda y bocadillos a solas.

Anne tenía la vista perdida en la lejanía, siempre que tomaba el té le gustaba hacerlo en la terraza, pues ahí podía ver a Wauters cuando venía cabalgando como un poderoso jinete. Cómo su cabello lacio y castaño, se agitaba al son del viento y su cuerpo esbelto, de piernas musculosas le animaba sus tardes, al verlo resurgir entre los árboles. Para luego amarrar el caballo en alguna viga de la casa, subir los escalones con rapidez y lanzarse a sus brazos para besarla con prontitud. Pero ahora estaba ahí sola, acompañada de su amargada hermana, y mirando la lejanía a la espera de escuchar los cascos de un caballo, que le anunciara la llegada de su amado.

Meghan había dejado la carta tirada en un rincón, había preferido tomar su merienda primero. Antes que indigestarse leyendo esas cursilerías poéticas, que solo ese vejestorio le dedicaba. Cuando terminó observo a Anne todavía distraída, y cómo su comida y café ya fríos, se llenaban de hormigas y moscas.

—¿Has leído la carta?

Se animó a preguntar Anne con el efecto de que su hermana al comentar las líneas de la misma, pudiera entretenerla y sacarla de su apretujada angustia por un rato.

—No, pensaba hacerlo después de cenar, por la noche.

—¿Por qué tanto misterio Meghan? Ábrela de una vez.

Anne nunca había sido atrevida, pero esa tarde se sentía muy mal. Tomó la carta de su hermana y sin pedirle permiso la abrió. A Meghan no pareció molestarle, más bien le agradeció con una sonrisa. Los ojos de Anne se movieron con rapidez, leyendo aquellas líneas y su rostro inexpresivo, se volvió una pared de lienzos lúgubres.

—¿Qué pasa Anne?

Preguntó Meghan por primera vez alarmada. Tenía horror que fueran malas noticias referentes a Wauters.

—¡Oh querida hermana! lo siento mucho. De verdad lo siento tanto— sus ojos llenos de lágrimas, la miraban con compasión. Estiró una mano y la colocó en el regazo de Meghan, mirándola con empatía —El señor Wilson está muerto.

Meghan no pudo comprender el peso de aquellas palabras. No sabía cómo actuar, si alegrarse o sentir pena por su futuro. ¿Qué de bueno tenía la muerte de su futuro esposo? ¿Acaso su muerte le dejaba ahora el camino libre, para continuar con su plan?

Sintió lastima por el viejo, se llevó las manos al collar en su cuello y rodeó el dije con sus dedos. Su rostro inexpresivo debía mostrar mínimo tristeza. Su hermana estaba ahí llorando por su pérdida, como si el mismo Wauters hubiera sido el herido, mientras ella no derramaba una lagrima y tampoco hacia un comentario de pesar.

Echó mano a sus artilugios de manipulación y en menos de un minuto, Meghan estaba hecha un mar de lágrimas. Lloraba desconsolada como su hermana. Anne al ver el sufrimiento de Meghan,

se levantó de la silla y fue a darle un abrazo sincero.

—Lo siento mucho Meghan, cuando nuestros padres sepan la noticia, no sé cómo van a actuar.

Meghan sonrió satisfecha, con el mentón apoyado en el hombro de su hermana. Dejó caer unas lágrimas de más y luego fingió tristeza.

Disculpándose eligió encerrarse en su recámara para llorar un poco más.

## Capítulo 7

Cuando Kalahan y Dorothy supieron del terrible desastre que ahora asaltaba a su pequeña hija, no pudieron hacer nada más que mandar a traer el cadáver de tan respetable caballero. Como Kalahan era un hombre de poder, contactó con los mayores del ejército y sin mucho preámbulo, mandaron el cuerpo envuelto en una bandera norteamericana, con una carta mostrando sus condolencias. El ataúd era de la madera más fina que lograron conseguir en el mercado, y colocaron el féretro en la sala de la mansión. Como eran tiempos tan convulsos, nadie llegó a la vela, pero en los próximos días, la familia recibió las condolencias de los sufridos, por telegrama.

—Lo siento hija, el señor Wilson era un verdadero caballero, y estoy seguro que la amaba. Pero ahora está en otro lado y ya no hay nada que hacer.

—Ay Kalahan y ahora ¿qué vamos a hacer? nuestra hija viuda antes del matrimonio, es terrible — se lamentó Dorothy con aire apenado —Las habladurías no van a hacerse esperar. Quedará desamparada, y ningún hombre la volverá a ver. Es como si estuviera maldita.

Agregó por fin al borde del desquicio. Kalahan sopesó aquellas palabras, como entendiendo el peso de aquella maldición que en efecto Meghan poseía. Pero quien le preocupaba verdaderamente, era su hija Anne. Se le veía tan distanciada y pálida, tan deprimida, que temía que el señor Wauters corriera con igual suerte que su amigo, y ahí sí que las cosas serían peores, con dos hijas “viudas” a edad casadera.

Se llevó amabas manos a la cabeza, y gimió pensando qué había hecho mal en su vida, para merecer aquella vergüenza. Todo marchaba a las mil maravillas en sus negocios, pero en su familia. ¿Ahora quien tendría al primogénito, y quien sería el heredero? Anne no quería hijos ni intimidad por el momento, y Meghan había quedado sola. Con mala suerte de vestir santos, pues no habría sobre la faz de la tierra, hombre alguno que la aguantara.

El funeral tuvo lugar en una pequeña capilla, con solo la familia Robards presente. Anne parecía un espectro, lo único que resaltaba en aquella cara de marfil, eran sus dos ojos grises y la nariz roja e hinchada. Meghan no daba muestra alguna de tristeza, más bien parecía estar en shock. No podía creer que su plan estuviera marchando tan bien, y que el universo incluso le apoyara. Había esperado cualquier cosa menos la suerte de que Wilson muriera. Aquello facilitaba más las cosas. Podría inventar más trama a su mentira, y su padre como poco conocía a Wilson, creería ciegamente a su hija, aunque no fuera santa de su devoción.

La guerra seguía cobrándose vidas, y la economía del sur decaía con cada día y semana que pasaba. Las batallas estaban lideradas por el sur, quien las ganaba por el momento todas. Ahora

que su yerno estaba muerto, Kalahan no pudo evitar pensar en su hijo. ¿Cómo estaría Arthur en la guerra? ¿Habría sido por fin convertido en un verdadero hombre, o seguía siendo un pendejo?

Cuando el vientre de Meghan ya fue imposible de disimular, la chiquilla conversó con sus padres lo más calmada posible. Les mandó a reunir en el salón común, donde se realizaban las conferencias entre su padre y los altos dignatarios o diplomáticos.

—¿A qué se debe la reunión Meghan?

La chiquilla puso cara de mártir, luego fingió vergüenza y miedo.

—¡Oh padre! Es una tragedia. Una terrible pena— Sus padres la vieron con horror, pensando que de verdad eran terribles noticias las que les daría, y temieron que hubiera un muerto más en la familia. Dorothy sin poder evitarlo se echó a llorar como una loca, pensando que ahora su hijo Arthur había muerto también. —No sé por dónde empezar— se llevó las manos al rostro, ocultando una risa macabra, pero para sus padres aquello fue un gesto de vergüenza atroz. Los ojos se le aguaron y habló con calma —Espero un hijo de Wilson.

—¿Que está diciendo hija?

Kalahan se levantó furioso de la silla y golpeó el suelo con su bastón de bronce.

—Lo siento padre, yo... no sé cómo pasó, pero en una de las visitas, el señor Wilson me atrincheró contra las rosas y me violó.

La cara de Kalahan cambiaba de colores, y su cuerpo se transformaba en una bestia. Dorothy estaba pasmada, era una mujer débil e incapaz de soportar tantas noticias negativas sin anestesia.

—Ese infeliz, ya decía yo que por algo tenía esa urgencia de casarse— habló iracundo, observando los rosales por la ventana del salón. Luego se calmó y prosiguió —Maldito hijo de su madre, de no haberse muerto en el ejército, lo hubiera asesinado con mis propias manos— refunfuñó, haciendo que ahorcaba el cuello del coronel, con sus dedos alrededor del mango del bastón. —Esto se arreglará Meghan, tranquila.

Despidió a su hija para hablar a solas con su mujer, y Meghan muy oronda se fue hasta su recámara.

—¿Ahora qué pasará Kalahan?

Se animó a pregunta Dorothy, roja de la indignación. ¿Qué dirían sus amigas?

—Se supone que Meghan debe casarse con el primero que aparezca, pero no hay hombre sobre la faz de la tierra, que esté dispuesto a hacerlo con nuestra hija. Ya la conoces, tiene un carácter de los mil demonios, además es muy poco agraciada y ahora esperando un bastardo— Kalahan comenzó a dar vueltas como un perro en celo, golpeando el suelo con el bastón impaciente y rascándose la cabeza sin nada más que decir. —Hay varias opciones Dorothy, pero habrá que ver cuál es la más indicada. Meghan puede permanecer en cuarentena larga y duradera, hasta que dé a luz y entregarle su hijo a Anne. Así no habría malas lenguas. Podría decirse que Anne es estéril y que su hermana le hizo el favor de traer un hijo al mundo por ella. La otra opción es buscarle un marido pronto, y convencerlo de que si se casa, obtendrá una jugosa fortuna, cosa que será muy difícil. Y la otra es...— Dorothy lo observó con pánico, sabía cuál era la última y única opción que quedaba —la otra es echarla fuera con el niño en brazos y que ella haga su vida muy lejos de aquí.

—Kalahan, pero como puedes decir semejante cosa. ¿Estás dispuesto a largar a tu propia hija,

cargando con un bebé en su vientre?— Kalahan pensó mejor aquella opción y sacudió la cabeza, —¿No has pensado en la remota idea de que Meghan pueda dar a luz a un varón? A ese primogénito que esperas con tantas ansias.

No, ciertamente no lo había pensado. Odiaba darle la razón a su esposa, pero Dorothy estaba en lo cierto. Ya él estaba poniéndose viejo, y Anne por lo que veía no estaba dispuesta a embarazarse en un largo tiempo.

—Tienes razón mujer, esa idea está descartada entonces. Veamos... podríamos dejar a Meghan encerrada sin salir fuera de casa y sin visitas. Dejarla convaleciendo, hasta ver qué sucede.

—Esa creo también es la mejor y única opción.

Añadió Dorothy, perdiéndose en el pasillo, para seguir con sus horas de costura.

Los meses pasaban y Meghan seguía recluida en la mansión, como si fuera una espantosa vergüenza. Por suerte el médico a quien Kalahan sobornó con dinero para que guardara el secreto, dijo que estaba a muy pocos días de dar a luz, cosa que alegró a la chiquilla sobremanera.

Mientras las calles se teñían de más muertos y sangre, no tardó mucho tiempo en que la armada enviara un último telegrama anunciando, que Arthur Robards estaba desaparecido, y que no podrían asegurar su paradero. Desconocían si estaba herido, muerto o vivo. El segundo telegrama anunciaba que Wauters iba de vuelta, para recomponer fuerzas. Tendría una semana libre de vacaciones con su esposa y familia.

Cuando la noticia de la llegada de Wauters llegó a oídos de Meghan, no pudo hacer otra cosa que emocionarse. Pero recordó que estaba recluida en su recámara y que de ahí no saldría hasta nuevo aviso. Ya empezaba a volverse loca, estando entre cuatro paredes, y sin poder hacer nada.

—Buenas tardes familia.

Saludó Wauters con ojeras en los ojos y el cuerpo agobiado por las luchas. Anne corrió a los brazos de su amado y le llenó el rostro de besos.

—Te extrañé tanto— A él le hubiera gustado decir lo mismo, pero no fue así. Todos esos meses estuvo pensando en Meghan. ¿Cómo estaría? También se preguntó si tras su regreso, podrían tener de nuevo más encuentros sexuales. Esa mocosa le volvía loco. —Ya estás de vuelta así que supongo que te vas a quedar.

—Lo siento Anne, pero estoy de visita nada más— dijo con tono frío, apartando las manos de Anne fuera de su pecho. Observó por toda la casa, y se extrañó que Meghan no estuviera. Pensó que sería de mala educación no saludarla y darle el pésame en persona.

—¿Puedo ver a tu hermana?

—Está en la recámara, nadie tiene derecho a verla.

—¿Por qué? ¿Qué tiene?— Preguntó alarmado, luego agregó: —Sí, imagino que con la muerte de Wilson ha caído en depresión. —Está bien, le escribiré una carta entonces.

Se alejó para ir a saludar al resto de miembros de la familia. Luego pensó que Meghan estaba recluida por vergüenza familiar. Su embarazo había seguido sin alteración alguna, y los Robards no querían que nadie lo supiera. Quizás podría escaparse por la noche para ir a verla. Sonrió animado ante aquella posibilidad. Así que después de cenar, Wauters intentó escabullirse hasta el cuarto de Meghan, pero le fue imposible, como lo fueron las siguientes noches. Ya comenzaba a comerse de los nervios. ¿Y si le había pasado algo?

A la mañana siguiente, siendo ese día el tercero tras su llegada, Wauters decidió ir en caballo por el bosque como solía hacerlo antes de partir a la guerra. Era un hombre valiente y fuerte, y tras su estancia en el ejército, su cuerpo se fortaleció más. Era inmune a cualquier dolencia y enfermedad, por lo que no le importó cabalgar más adentro del bosque y dar con cientos de cuerpos pudriéndose. Se le revolcaron las entrañas, pero no disminuyó las andanzas. Tenía el corazón hecho una bola, ¿sería posible que él también se haya enamorado de Meghan?

Mientras Wauters andaba a caballo y Kalahan supervisaba la creación como el envió de armas, Meghan entró en labor de parto. Nadie sabía que esa chiquilla estaba ahora tirada en el suelo, con los ojos en blanco y el cabello bañado en sudor. La alfombra se tiñó de sangre y fluidos corporales. Y no fue hasta que su garganta emitió un alarido ensordecedor, que Letea abrió la puerta de par en par y se encontró con aquella escena. Corrió con esas caderas bamboleantes, levantándose las enaguas a medida que bajaba las gradas con rapidez urgida. —Señora, señora... — gritaba alborotada, agitando los brazos en el aire —La señorita Meghan está en el suelo. Va a dar a luz.

—Dios santo ¿y ahora quien traerá al médico?

—Lo siento señora, pero el médico no se encuentra en el pueblo, le han llamado para que se una al cuerpo de enfermeras en Riverton.

—Y ¿qué va a pasar con mi hija?—

Pregunto histérica Dorothy.

—Danielle la cocinera fue partera por muchos años, puedo decirle que suba de inmediato.

—¡Que espera para buscarla, váyase ya!— Dorothy la regañó y subió las gradas tan rápido como pudo, alcanzó el dormitorio de su hija y la encontró tendida en el suelo, con el camisón arrancado con las uñas y los pechos sobresaliendo de en medio de los jirones de la tela. Las piernas abiertas a cada lado y todo su cuerpo desparramado. —Hija. Ya viene ayuda—

Dijo palmeando el rostro de Meghan y corriéndole un pecho de cabello.

—Él bebé está por nacer...

Meghan emitió un sonido como de gato moribundo, el dolor estaba matándola.

Danielle llegó en carreras con una tinaja de agua tibia, toallas y Letea le acompañó con una botella de agua ardiente.

Le dieron de beber unos tragos de licor a Meghan para que funcionara como anestesia, y entre las dos mujeres corpulentas, lograron subirla de nuevo a la cama. Dorothy observaba las maniobras de aquellas dos negras, limpiando el sudor y la sangre del cuerpo de su hija, dándole de beber agua, y cómo Danielle se empeñó en regañar a la chiquilla, cuando se rehusaba a pujar.

Después de más de tres horas lidiando en aquella recámara con olor a sudor, sangre y encierro, los lloriqueos de un bebé inundaron aquel ambiente con jolgorios.

—¡Felicidades señora Robards! es un varón

Dijo Letea, entregándole el niño a Danielle para que lo aseara antes de dárselo a su madre. Dorothy se levantó del asiento y miró al niño. Era un precioso varón, con hoyo en la barbilla y de cuerpo fuerte. —Este niño no debe estar aquí— dijo sin más, alejándolo de sí —Mi nieto necesita ser cuidado por una comadrona, una doncella en todo caso. Mi hija tiene otros menesteres por cumplir— habló con severidad —¿Conoce usted a alguien dispuesto a eso Danielle?

—No señora, pero estoy segura que cualquiera de las sirvientas, estaría encantada de hacer de madre sustituta. Ya ve usted que hay mucha servidumbre en su mansión.

—Llévese entonces este niño al salón de música, y pida apoyo a la que usted crea será la mejor comadrona— echó fuera a las dos mulatas, y luego se acercó donde su hija —Es un varón Meghan, ahora tu padre y yo debemos organizar vuestras vidas.

Meghan estaba muy débil para comprender lo que su madre decía. Con esfuerzo asintió y cerró los ojos quedándose dormida.

## Capítulo 8

Para la hora de la cena, Wauters regresaba a la mansión con la ropa sucia y el cabello despeinado. Parecía un crío que jugó toda la tarde en los campos. Se le veía relajado y lleno de vigor, sonriente y radiante. Anne como de costumbre estaba en el salón de música, componiendo una nueva melodía para Roger, su precioso sobrino.

—¿A qué debemos tanta alegría Anne?

Preguntó Wauters con la voz rasposa, estaba engripado por las noches durmiendo bajo los árboles y mojándose con el agua estancada en las trincheras.

—Mi hermana, ha dado a luz al primogénito de la familia Robards— los ojos de Wauters se abrieron como platos y la mandíbula se le desencajó —Cuando mi padre lo sepa, se pondrá muy orgulloso.

El rostro de Wauters se bañó en sudor y rubor. Ese hijo era suyo también, él era el padre legítimo. Debía ver a Meghan cuanto antes, y conversar sobre aquel asunto pendiente.

—Iré a darme un baño, la cena está próxima y muero de hambre.

Wauters subió con cuidado, por suerte no había nadie en la planta alta. Todos estaban en sus cosas, esperando con ansias la hora de la cena para las buenas nuevas. Se preguntó si Meghan estaría presente en la mesa o si seguiría recluida en su recamara. Pensó en asearse primero antes de ir a ver, pero decidió ir antes de que alguien subiera y no pudiera hacerlo ya. Llamó a la puerta, pero no obtuvo respuesta. Por lo que se adentró en aquel encierro con el olor todavía del parto. Se extrañó que nadie lo hubiera limpiado todavía, pero aun así buscó un lugar limpio y vacío donde sentarse.

—Meghan— susurró, acercando su rostro al de la chiquilla. —Meghan.

Volvió a llamar, a lo cual la joven abrió los ojos con mucho esfuerzo.

—¿Wauters? ¿Qué haces aquí?

—He venido de paso nada más. Me han dado unos días de descanso, pero el domingo ya debo regresar. ¿Tu cómo estas?

Preguntó interesado, con una suavidad extrema y rozándole el rostro con sus manos llenas de tierra.

—Bien, ya ha nacido nuestro hijo. Se parece mucho a ti.

—Si eso me dijo Anne, que ya eras madre. Me alegro mucho por ti. Pero, ¿qué pasará ahora que Wilson está muerto y tú eres madre?

—No sé Wauters, no me importa ya nada. Estoy cansada y solo deseo dormir. Fue un día muy

cansado para mí. Pero estoy feliz de verte.

—Yo también estoy feliz de estar aquí contigo Meghan, todos estos meses estuve pensando en ti.

—¿De veras?

Preguntó con los ojos brillosos y con euforia.

—Sí, creo que me has enamorado.

—Tonterías no digas eso, lo que tienes es deseo sexual por mí, pero nada más. A quien amas es a mi hermana. Ella es buena, no le rompas el corazón.

Suplicó sosteniendo sus manos entre las suyas. ¡Qué extraño que Meghan se notara con buen corazón! Parecía como si la maternidad, hubiera hecho un cambio notable en ella.

Wauters la observó por más tiempo, y no lo soportó más. Se acercó a su rostro y le besó los labios de nuevo, buscando la oportunidad de que Meghan se animara a meterlo en la cama y hacerle el amor, pero para su sorpresa no recibió respuesta alguna por parte de Meghan. Se le veía tan cansada, tan apagada.

—Duerme mañana si puedo me escapo y te visito otra vez.

Para el día viernes, Meghan seguía en cama. La debilidad del parto ya era hora de que hubiera pasado. Se sentía muy débil, con fiebre y con una tos que no cesaba. El médico no estaba en el pueblo y no sabían hasta cuando volvería.

Dorothy estaba desesperada, su hija se veía tan pálida y ojerosa; podría ser un virus de gripe como el que atacó a Wauters por días, pero con cuidados en la Mansión logró recuperarse. Kalahan pasaba muy poco en casa, los berridos del bebé le sacaban de quicio, y además la guerra estaba en su máximo esplendor. Como lo debían estar sus fábricas a todo gas, fundiendo más metal para armamento.

—Señora Robards, me preocupa mucho Meghan. Esos síntomas no parecen un resfriado común. Iré al pueblo más cercano, debe haber un médico disponible.

—Agradezco mucho su preocupación y bondad Wauters, pero Virginia está destrozada. Además usted se irá en dos días, quédese a descansar, yo mandaré a Ronald para que busque un médico.

—No señora Robards, iré yo. Ronald no sabría sobrevivir ante aquel ambiente atroz, yo estoy acostumbrado a eso, y sabré elegir el camino menos dañado, para regresar con el médico— la señora Robards lo miro con amor y admiración, no cabía duda que su hija se había casado con un verdadero caballero —Por favor, despídame de Anne.

Wauters tomó el carruaje y se colocó las riendas en ambas manos, agitando y apurando al caballo a ir tan a prisa como pudieran sus cascos andar. Cuando llevaba ya medio camino avanzado, los retumbos de las bayonetas y cañones, alcanzaron sus oídos. Si moría, moriría por una buena causa. Salvaría a Meghan, pues también la amaba. ¿Estaba enamorado de las dos hermanas? Se preguntó a medida que buscaba el asentamiento más cercano.

Al llegar al campo, había muchos muertos y heridos. Enfermeras asistiéndolos por hemorragias, piernas amputadas, orejas cercenadas. Era como andar por un mar de cuerpos ensangrentados y chamuscados.

—Señorita, ¿podría usted decirme donde habrá un médico? Mi esposa acaba de dar a luz y

está muy enferma.

La joven enfermera se lamentó y señaló a otra que parecía formar parte de un clan de monjas. Se acercó a ella y le suplicó la ayuda de un médico. La monja lo pensó mucho, luego sintió lástima por el joven y le llevó donde estaba el Dr. Macgreen.

—¿En que puedo serle útil joven?

—Le suplico que me acompañe, mi esposa ha dado a luz y está muy enferma.

—Comprenderá usted que no puedo dejar este asentamiento, hay miles de hombres enfermos y heridos.

—Por favor, se lo ruego...

—Está bien, pero deberá traerme de vuelta este mismo día.

—Lo haré señor Macgreen. Yo soy marino, por lo que sé que esta labor es muy importante para usted. Pero si no fuera mi esposa, no le suplicaría tanto.

Los dos hombres se subieron al carruaje y se regresaron a la mansión con prontitud. Había sido un viaje de media hora, que se alargó a dos. Cuando llegaron, Wauters acompañó al médico hasta la recámara de Meghan y le pidió si podía estar presente. El doctor aceptó, por lástima y se acercó a la joven. Abrió el maletín y la revisó.

Después de chequear sus signos vitales, pidió ver al niño.

—¿Hay algo malo doctor?

—Sí, me temo que su esposa tiene tuberculosis.

—Pero ¿cómo es posible? Ella estaba sana, el niño está bien, ha estado en otro salón siendo cuidado por una doncella.

—Lo siento mucho joven, pero en estos momentos no hay nada por hacer, los medicamentos están muy escasos.

—Dígame, ¿cómo enfermó?— el medico se encogió de hombros —Ya sabe que una embarazada está débil y si alguien llega de afuera y entra en contacto con ella, puede adquirir un virus con facilidad. Las calles están atestadas de infecciones, muerte y enfermos. Cualquier cosa puede haberla enfermado.

Wauters recordó cómo el día del parto, estaba engripado, entró a su recámara y con la ropa sucia después de montar, la tomó en sus brazos, la acarició y la besó. Se sintió culpable por haber sido el causante de su enfermedad. Aquello no se lo podría perdonar jamás.

Regresó al médico al centro del pueblo, con el alma hecha pedazos y una vez que llegó a la mansión, le dijo a la señora Dorothy que Meghan estaba muy enferma y que si no le daban cuidados podría morir.

—¿Qué tan enferma?

—Tuberculosis

Una de las sirvientas oyó por casualidad y se acercó dónde estaban los señores. Ella conocía un remedio natural para combatirla, pero ahora que todo el pueblo estaba en ruinas y contaminado, no estaba segura que lograra conseguir aquella raíz.

Para el día domingo, Wauters hizo su viaje de regreso al ejército preocupado por la salud de Meghan quien no daba muestras de mejoría. La recluyeron en una habitación lo más alejada posible, desinfectaron la recámara en la que había estado, y esperaron lo peor. Dorothy se sentía

impotente, era inhumano dejar a su hija sufriendo hasta que la mano del señor deseara tocarla para llevarla con él. Portando un pañuelo de seda en el rostro, iba todas las tardes a rezarle, para que la chiquilla encontrara consuelo pronto. Mientras una de las sirvientas se encargaba de cuidarla todas las noches. Y Kate cuidaba de su nieto con recelo para que no se enfermara.

Pasaron dos semanas, hasta que el cuerpo de Meghan se rindió a la enfermedad, era muy joven para morir y dejar huérfano de padre y madre al pobre Roger. La familia Robards lloró una muerte más, y se acongojó al no tener noticias de Arthur. ¿Qué pasaba con aquella familia que parecía tener una maldición?

Cuando el niño creció y la guerra llegó a su fin, Anne y Wauters decidieron adoptar al pequeño como si fuera su hijo. El marino viviría con la culpa carcomiéndole las entrañas. Había traicionado a su esposa, y había matado a su cuñada. El que pensó que era un caballero educado y respetuoso, de corazón bondadoso; había matado a Meghan esa chiquilla insoportable, mimada y ruin, que a pesar de todo le había robado también el corazón.

## Capítulo 9

### *Richmond, 1883*

Es increíble lo rápido que avanza el tiempo y mucho más cuando se es mayor. Recuerdo lo especial que fue para mí recibir a mi hija en brazos aquella tarde de noviembre, y cómo aquellas mañanas de verano, Madeleine corría por el jardín hablando monólogos y gritando alegre. Cómo la soledad a pesar de haber tenido a Karen de vecina por seis años, y a Ekon junto a Nicole trabajando para mí por más de doce años, no me dejaba de atormentar. Era un vacío tan atroz que deseé que mi hija creciera, pronto para que me pudiera acompañar. Mi pueblo había cambiado mucho en cuarenta años. Ya no había vecinos mulatos ni esclavos, todos migraron para el Norte donde la moda y las oportunidades eran mayores. Karen y su familia se fueron a los pocos meses de haber nacido mi hija. Solo Ekon y su esposa encontraron casi obligatorio quedarse conmigo por varios años. A medida que Madeleine crecía y el estado de Virginia se empoderaba de nuevo, me vi obligada a hacer grandes cambios en mi vida y hogar también. Cuando mi hija cumplió los diez años, vendí gran parte de las parcelas que con la ayuda de Arthur y Ekon llegué a adquirir. Esas tierras fueron aprovechadas por el gobierno para construir el ferrocarril de Amtrak. Lo cual me comenzó a generar muchas más ganancias monetarias que lo que ganaba como granjera.

Ahora había muchos inmigrantes de Europa ocupando las casas que mis antiguos vecinos abandonaron antes y después de la guerra. Muchos eran polacos y otros italianos. Mi pueblo se llenaba otra vez de vida y de mayor diversidad.

Después de que Arthur se fue de mi lado, pasé muchos meses sumida en la tristeza. Nunca pensé que vería tiempos de bonanza. Lo que ganaba con el ferrocarril así como con la venta de mis tierras, me colocó en un excelente puesto social. Abrí una cuenta en el banco y comencé mis ahorros. Gozando de muchas comodidades, casi de las mismas que hubiera disfrutado de no haberme casado con Jonathan, como castigo de mi padre. Ahora podía adquirir vestidos de dama elegante, joyas finas y visitar los restaurantes o tiendas más cotizadas del sur. Lo hacía no por aparentar una esencia que una vez tuve, sino por darme el gusto de disfrutar de aquello que me fue arrebatado. Más aun teniendo por hija a Madeleine, debía ofrecerle esa vida que mi propio padre me arrebató de las manos.

La cabaña también cambió, había sido grandemente remodelada por Ekon, un año antes de mudarse al norte. Había dejado de ser esa casa de madera granjera y humilde, para convertirse en una preciosa casa sureña de madera color crema, con infinidad de ventanales y tres pisos.

Recuerdo haberle dicho a Ekon que yo no requería una mansión de semejante magnitud, pero él tenía razón. Esa podría ser la única y mejor herencia para dejarle a Madeleine, junto a las pocas joyas que me animaba a comprar.

En estos días, los recuerdos de antaño se devuelven con mayores dosis de nostalgia. Veinte años atrás Arthur y yo teníamos un precioso romance, y yo con cuarenta años me sentía vieja. Ahora me río de mi estúpida ingenuidad, vieja soy ahora. En aquel tiempo tenía el cuerpo todavía voluminoso y la piel tersa. Era una mujer atractiva y madura capaz de despertar el deseo, ahora soy una anciana de piel arrugada, ojos vidriosos por la tristeza y el alma cuajada por la soledad. Solo inspiro ternura y un poco de consideración. Sin embargo, me siento agradecida con Ekon por haberle dado tanto cuidado a mi granja como si fuera suya y a su esposa Nicole por haber cuidado de mi niña tanto tiempo. Yo era una mujer con raíces de aristocracia, pero estar en estas tierras las volvió campera. Quería que Madeleine se convirtiera en una mujercita de clase, para que no sufriera el aburrimiento de seguir generación tras generación, con una vida de campo. Ella era una chica muy guapa, inteligente y con el corazón tan noble como el de su padre. Madeleine merecía una vida nueva, la mejor de todas y eso solo era posible, si me animaba a escribirle a Arthur de nuevo. No sabía si él me recordaría, ni tampoco si aún tendría la misma dirección después de diecisiete años. Ya era tan vieja que no me importaba nada en mí, quien me importaba de verdad era mi hija. Me sentí culpable al mentirle todos estos años sobre su padre, y decirle que había muerto en la guerra. Ella no tendría interés de escarbar más hondo sacando cifras y números, o haciendo cálculos. Ahora ella tenía otros intereses como sus amistades, y ese deseo urgente por ser presentada en sociedad como toda una señorita.

El sur ya no era como lo fue cuando yo era joven, recién llegada con Jonathan ni como lo fue cuando Arthur estuvo por aquí. Ahora el sur era igual de poderoso y elegante que el norte. La industrialización se había posado en él con todo su esplendor. Había bailes de gala, salones de ópera y fiestas de sociedad a los cuales mi hija estaba siendo invitada con mucha prontitud. Luego me pregunté ¿Cuándo podría ella gozar de lo mismo?

Con una luz tenue, sentada en la nueva y remodelada sala, tomé pluma en mano y arranqué una hoja de mi diario que para ese entonces ya estaba casi lleno de historias, y comencé a escribir. Sin pena ni remordimiento, sino como si Arthur fuera todavía un querido amigo.

*“Arthur, mi querido Arthur... discúlpame por aquella carta enviada tan tarde, respondiendo a tus buenas noticias. No estaba de ánimos para responderte con calidez. Debes saber que tu ausencia en mi vida, dejó un horrible vacío. Me despertaba cada mañana aun con el olor de tu piel estampada en las cobijas. Escuchaba tus ronquidos a mi lado por las noches, tus risas en las mañanas, y comencé a verte en cada área de la casa. Me estaba volviendo loca de tanto extrañarte, hasta que nació Madeleine vuestra hija. Perdóname que te escriba hasta ahora, dándote la buena nueva de que eres padre. Pero como te he dicho, no fue fácil para mi sobre llevar mi viudez, luego tu ausencia y finalmente... finalmente darme cuenta de que sería mamá a mis cuarenta y tantos años. Si me lo preguntas, no estaba preparada para ese cambio radical y sí, tampoco era lo que esperaba recibir a cambio de tu lejanía.*

*Cuando vuestra hija nació, pensé en dejarla en algún orfanato, yo no estaba en edad ni condiciones para criar un hijo. Pero hoy me encuentro ligeramente bien.*

*Nuestra hija ya tiene diecisiete años y es toda una mujer. Me preocupa su futuro, ya sabes que soy una mujer medianamente pobre, y ella está entrando a la edad del cortejo, los bailes y todo cuanto despierta el romance.*

*Sabes, tiene muy fuertes convicciones como su padre y un corazón tan sensible como el tuyo. Le he mentado al decirle quien era su padre. Perdóname, pero entiendo que no podía decirle que me había enamorado de ti y embarazado un hombre veinte años menor que yo. Quizás cuando Madeleine tenga la madurez necesaria, y si tú decides reconocerla como hija dándole un apellido, podré entonces contarle la verdad. Pero solo si tú me lo permites... Te amo como siempre te amé, y no hay día en que deje de hacerlo. Solo tú Arthur, marcaste un inicio en mi vida y solo tu podrás marcar el final de la misma”*

***Siempre tuya, Francis. 1883***

Lloré al leer aquella carta, estaba tan llena de amor y sentimiento. Como si aquellas cadenas del miedo y el rencor se hubieran roto, para dar paso al amor que sentía por Arthur. A ese amor que nunca murió, sino que fue gestándose cada vez más con los años, para volverse más sólido y más leal.

—¿A dónde irás madre?

Preguntó Madeleine con la voz serena y llena de madurez. Se le veía tan jovial y hermosa.

—Iré al correo, voy a dejar una carta a un viejo amigo. ¿Quieres venir?

No tuvo que pensarlo mucho, cuando la vi poniéndose un abrigo para salir. Luego fue por el mío y me lo colocó sobre los hombros. Nos tomamos de la mano, ella guiándome para bajar los escalones del porche sin tropezar y luego subimos al coche.

—Madre, ahora que estamos en el centro ¿Podríamos ir a *Clark's* para comprar un vestido nuevo? Alice cumplirá años dentro de poco, y sé que será igualmente presentada en sociedad. Ya sé que a ti esas cosas no te gustan, pero a mí me encantaría ser una princesa por un día.

El corazón me dio un vuelco al oírla hablar así. ¿Estaba de verdad siendo tan injusta con mi hija? ¿No me bastaba acaso con alejarla de su padre y mentirle, para ahora también privarla de encontrar pareja y enamorarse?

De cierto modo quería que Madeleine tuviera una vida mejor que la mía, pero a la vez tenía miedo de que sufriera por amor. Yo jamás había sufrido por nadie, no hasta enamorarme perdidamente de aquel jovencito. Y como amaba a Madeleine, quería evitarle ese sufrimiento.

—Sí, querida. Podemos ir donde tú desees. ¿*Clark's* es una buena tienda? Sino podríamos ir a la mejor.

—Muchas gracias madre, pero tú ya no posees tanto dinero. Hace tres años que la casa no recibe cuidados, y ya se empiezan a notar los trazos del tiempo.

—Tienes razón hija, pero deseo darte lo mejor que pueda.

Madeleine me miró con esos ojos profundos en color verde esmeralda tan vivos y brillantes como los de su padre. Sonrió con ellos primero y luego con sus labios. Me dio un fuerte abrazo y susurro: —Tú ya me has dado lo mejor, me has dado la vida.

## Capítulo 10

### *Richmond, 1883*

Mi hija se veía tan hermosa con su nuevo vestido, que me recordó a mí misma cuando tenía su edad. Se le notaba tan ilusionada, tan fresca y llena de magia. Que entre más tiempo admiraba su juventud, más ansias tenía por presentarla en sociedad. Por conseguirle un buen partido, pero dudaba que Arthur contestara mi carta, no sabía si me recordaba con nostalgia o me guardaba rencor.

—Mamá, ¿Podrías ayudarme con el corsé?

Pidió mi hija, mirándome con ese par de ojos llenos de inocencia y amor por la vida. Su cuerpo había dejado de ser el de una niña, el de esa niña que mis ojos vieron crecer y mis brazos sostuvieron desde que nació.

Tenía bonitas caderas y angosta cintura, cabello ondulado en color melocotón, mejillas arreboladas en rosa pálido tan tenue como el de sus labios. Y sus pechos, eran pequeños y redondeados, tan bien formados que daban gusto verlos en el escote de cualquier vestido.

—Por supuesto Madeleine.

Me acomodé a sus espaldas y tallé los cordones con fuerza. Como toda jovencita de su edad, quería probarse el vestido antes de lucirlo frente a una atestada multitud. Ya Madeleine había asistido a fiestas de cumpleaños y a té, pero nunca había sido invitada a una presentación en sociedad de alguna de sus amigas, y tenía miedo que al no haber sido educada con los rigores sociales de una mujercita de aristocracia, sufriera las crueles críticas de los invitados.

—¿Cómo me veo?

Preguntó dándose la vuelta. Haciendo que su vestido en color lavanda, girase como una bailarina disfrazada en un suspiro de azúcar.

—Pareces una hermosa muñeca de porcelana, mi querida Madeleine.

Expresé llena de orgullo. Con deseos de llorar emocionada, y estrecharla contra mi pecho. Decirle lo mucho que la amaba, y lo tanto que me recordaba a su padre, a su verdadero padre. Me rompía el corazón haberle inventado una vida totalmente increíble y llena de ficción a mi propia hija. Una historia que solo ella pudo creerme, con la inocencia que albergaba su alma.

Madeleine era una jovencita crecida en los campos de Richmond, varias millas alejada de la ciudad central donde la sociedad ajetreteada y superficial, se desnudaba con ligereza. A medida que Madeleine crecía y las preguntas se hacían imposibles de responder, me vi en la urgente necesidad

de echar mano a las cartas que Arthur me enviaba, y a mi pronta imaginación.

Mi hija creció con la esperanza de que era descendiente de una acaudalada familia, que su padre y yo tuvimos que huir de Boston por la guerra y asinarnos aquí en la montaña. Luego a su padre le fue perdonada la vida y fue reclutado por el ejército para que dirigiera las tropas del norte, como un importante coronel. Luego, al ver cómo mi vida iba en mejoría y como los vestidos y joyas se hacían cada vez más presentes en mi guardarropa, no dudó en que aquella historia fuera verdad. Cuando me preguntó por su padre, tuve que mentirle de nuevo y decirle que había muerto como un héroe por su nación. Me lamenté al no poder darle una fotografía de él, pero inventé su físico. Un físico que no estaba tan distante del de Arthur, tan solo aumenté un poco su edad. Ahora no sabía si había sido una buena madre, o si había sido una aberración. Pero muchas veces los peores pecados, se cometen por amor y yo lo que menos quería era frustrar a mi hija. Mentir, aparentar y fingir era la única manera que encontré para que Madeleine tuviera una vida normal. Alejada del infierno que yo viví.

Justo antes de irnos a dormir, poco después de la cena, alguien llamó a la puerta. Me extrañó mucho que a esas horas nos visitara algún vecino, pero no era tampoco imposible. Charlotte era una chica recién mudada al vecindario, con su esposo y sus hijos. Eran emigrantes irlandeses, y habíamos hecho muy buenas migas, por lo que a veces Charlotte venía con algún platillo como forma simpática de afirmar más nuestra amistad.

—Buenas tardes señora Ribbons.

Sí, me vi también en la penosa mentira de inventarme otro apellido. Debía disfrazar todo mi pasado, y ofrecer una fachada más creíble al nuevo hogar y estatus social que había alcanzado en los últimos años.

—La misma, ¿Qué puedo hacer por usted?

—Le traigo una carta, disculpe la hora, pero no pude entregarla antes.

La tomé en mis manos y agradeciendo al joven, cerré la puerta a sus espaldas. Miré el sobre y no tenía remitente, solo una dirección que desconcía.

Saqué la carta y miré la caligrafía. Esa carta era de Arthur. El corazón casi me da un vuelco, y comencé a llorar. Eran lágrimas de nostalgia, gratitud y alegría. Esperaba que en medio de aquellas letras, resurgiera la esperanza para mi hija.

Me coloqué los anteojos de montura en oro y sentada en aquel mismo rincón, que presencié tantas épocas de mi vida, me puse a leer.

*“Mi querida Francis, amor de mi vida... Me parece mentira que seas tú la que escribió aquella carta. Cuando vi tu nombre y dirección en el sobre, no pude contener las ansias de irme corriendo hasta donde te encontrabas. Han pasado cuantos años? Veinte? Ya perdí la cuenta porque desde el día en que me fui, dejé de contar las horas y los días. Ya nada tenía sentido para mí. Tú eras mi más preciado secreto. Te observaba en la luna y las estrellas, en las flores y en cada letra. Cada mujer que llegaba a mis brazos para ser curada, la confundía contigo. Perdóname, pero me he vuelto loco de la tristeza, pensando en ti y el no tener más respuestas a mis cartas, me llevó a escribirte más. Aun sabiendo que tú no las pensabas leer, o responder. Así fue como encontré*

*consuelo, refugiándome en el papel y la tinta.*

*¡Qué honor más grande me das! Al decirme las buenas nuevas de que soy padre, cuanto anhelo conocer a nuestra hija. Imagino que debe ser tan hermosa como tú, y debe poseer un corazón tan especial y único como el tuyo, mi preciosa Francesca...”*

Me detuve por un momento, tras leer todo aquello. Las manos comenzaron a agitarse sin control. Arthur todavía me pensaba como una mujer buena y llena de gracia. Me pregunto qué pensará cuando sepa que le menté a mi hija todo este tiempo, y que de cierto modo, le estoy usando a él para que Madeleine pueda gozar de una vida hermosa. Devolví mis ojos a la carta y continúe leyendo.

*“Son tantas las cosas que debemos contarnos, ¿Qué ha sido de ti y de la granja que dejé atrás sin liderar? Imagino que después de todo este tiempo, descubriste el amor otra vez, lo intuyo por el cambio en tu manera de narrar, que es más fluido y alegre. Pero sobretodo, por el nuevo apellido que resalta en el sobre ¿Ribbons? He de conocer entonces al hombre que te devolvió la magia que yo te robé, y me dejé guardada solo para mí... —es broma— retornando al principal motivo de tu carta, Madeleine es y será una señorita de la más fina aristocracia americana. No olvides que por ambos lados es descendiente de muy buena familia. Será un verdadero honor para mí, poder reconocerla como mi hija legítima. Ahora si me permites haceros una honorable invitación, ¿estarías dispuesta a viajar con Madeleine al corazón de los Estados Unidos? Sí, me refiero a New York. Si aceptas, respóndeme con un sencillo telegrama. No debes enviarme una carta”*

***Siempre tuyo, Arthur Robards.***

Sus palabras tan amenas y cálidas, le devolvieron a mi corazón la esperanza y la magia que había quedado adormecida por tantos años. Me extrañó mucho que no hablara de su vida, ni firmara como lo hacía siempre, ¿Dónde quedó ese te amo, a excepción del encabezado? Sonreí complacida al saber que quizás, Arthur se había casado y que ahora amaba a su mujer.

Sopesé su oferta de viajar a New York, observé mi hogar tan lleno de recuerdos y memorias, y la nostalgia me invadió. Pero ya era suficiente, no se trataba de mí, se trataba de mi hija. De nuestra hija.

Me fui a dormir y esperé el amanecer. Iría tan pronto pudiera a la estación de correos, y le enviaría un telegrama aceptando su invitación. Arthur de seguro, me enviaría uno de vuelta con la dirección.

## Capítulo 11

Esa sonrisa, jamás podría borrar de mi mente esa sonrisa que irradiaban los labios de mi hija. Habíamos preparado el equipaje y nos diríamos a la estación del tren. Íbamos justo al centro de Manhattan, donde Arthur esperaba por nosotras, sosteniendo un cartel con nuestros nombres. Me sentía como una niña emocionada y una joven enamorada. Las mariposas en mi estómago me tenían nerviosa, ¿Cómo luciría Arthur después de veinte años?

—¿Cómo es New York mamá? ¿Algún día has viajado allá?

—Nunca he viajado hija, de eso fue hace más de cuarenta años. Nací en Boston, y me vine hasta Virginia por las razones que tú ya conoces.

—Entonces, me puedes hablar un poco de ese hombre que nos ha de recibir.

Mi mente se puso en blanco, era normal que Madeleine me hiciera esa pregunta. ¿Qué esperaba? Que me acompañase obediente como si fuera una niña de cinco años.

—Es un viejo amigo, hace mucho tiempo no sé de él— respondí detrás de un suspiro. Permittiéndome un rato a solas con mis recuerdos antes de proseguir —A veces nos hablábamos por cartas, luego dejamos de hacerlo.

—Y ¿Por qué él desea que le visitemos?

—Porque...— Me giré en mi asiento y la miré con toda la atención que mi hija merecía. Esto no podría ocultarlo —Porque Arthur conoce a muchas personas importantes e influenciables, y quiero que él te presente con un hombre respetable que desee hacerte su mujer— le tomé las manos entre las mías y la miré con amor —Eres ya una señorita Madeleine, yo ya estoy vieja. No sé cuánto más me quede de vida. Quiero verte feliz y realizada, al lado de un caballero que sepa amarte y valorarte.

—Gracias mamá.

Después de aquello, el viaje fue silencioso y sin preguntas incómodas. Me atrincheré en mi sillón y me perdí en aquella vista de árboles, luego mansiones y finalmente edificios.

Cuando llegamos a la estación de Manhattan, no encontré a ningún hombre con el rostro de Arthur, ni tampoco di con ningún rótulo que trajera nuestros nombres. Tomé a Madeleine de la mano como si aún fuera una niña, y comencé a caminar entre el mar de gente, portando abrigos y maletas. En mi mente tenía la idea de que Arthur era un chico joven y delgado. No podía imaginarlo de otra manera que no fuera así. Luego me percaté que veinte años nos había separado y que yo ya no era una mujer atractiva. La vergüenza me invadió, sintiéndome ridícula.

—Mamá, alguien nos hace señales.

Expresó Madeleine, señalando en la lejanía. Entrecerré los ojos y vi la figura de un hombre adulto. No tenía ningún parecido con el Arthur que yo amé por tantos años, ni con su figura que abracé cada noche antes de irme a dormir.

—¿Es usted Francis Ribbons?

Se animó a preguntar aquel hombre que la tenue luz del cielo, no me permitía observar directamente.

—Sí, soy yo y esta es mi hija Madeleine.

El hombre tomó la mano de mi hija y la besó con recato, luego me saludó con cortesía como si no me conociera. Cuestión que era mutua.

—He sido enviado para recogerles, el señor Arthur estaba un poco ocupado. Pero está dispuesto a atenderlas hoy por la tarde— Madeleine estaba embelesada con aquel hombre, sus ojos brillaban con una chispa más poderosa de la que yo conocía en ella. —También, me ha dicho que pueden ordenar lo que deseen almorzar en el hotel Helland. Que él se hace cargo de los gastos.

Al llegar al hotel, fuimos recibidas como si fuéramos de la realeza inglesa. Tomaron nuestro equipaje y lo llevaron a una suite presidencial. Luego nos guiaron al salón de comedor y nos dieron las cartas.

—Todo esto es tan hermoso y elegante mamá, siento que estoy en el paraíso— exclamó Madeleine, ante el lujo del lugar y cómo nos atendían, pues mi hija nunca tuvo servicio, a excepción de Nicole quien fue su doncella por un corto tiempo. Yo tuve que instruirle de la mejor manera, para que guiara a mi hija, a como yo recordaba mi doncella me ayudaba cuando joven.

—Sí hija, todo es muy hermoso y espera a descubrir el verdadero amor.

Madeleine me miró fijamente, sorprendida por oírme hablar de aquella manera. Ya era muy tarde para retractarme o intentar recomponer aquella declaración. Ver al joven me afectó un poco, me trajo recuerdos o quizás ilusiones de que Arthur vendría por nosotras. Pero lo que más me caló hondo fue la manera en que mi hija, observó al joven que Arthur envió por nosotras.

—Ojalá pueda enamorarme como lo has hecho tú mamá, deseo gozar de ese amor que te abrió las puertas a otro mundo, donde eras feliz.

Sus palabras me dejaron helada y por un momento el pánico se apoderó de mí. Me dio horror que mi hija hubiera descubierto mis cartas o mi diario. Traté de recuperar la calma y respondí.

—Yo soy feliz Madeleine, tú eres ahora mi mundo y mi vida.

Expresé cariñosa, estirando la mano sobre la mesa para tomar la suya.

Cuando tomamos el almuerzo, e íbamos camino a la suite, otro joven nos guio hasta la terraza del hotel, donde creíamos nos esperaba Arthur y así fue.

Sentado en una banca de bambú, se encontraba la figura de un hombre corpulento y en apariencia alto. Con el cabello entre canoso.

—Señor, las señoritas Ribbons están aquí.

Arthur se levantó y se dio la vuelta. Cuál fue mi sorpresa al observar la luz del sol aquella tarde, dándole en su rostro. No había cambiado mucho, seguía siendo tan atractivo y dulce como le recordaba, a excepción de que unas finas arrugas le surcaban los ojos y la frente. Sus ojos seguían tan profundos como el mar y tan expresivos como la primera vez que me miró.

El mundo a nuestro alrededor se detuvo, nada ni nadie existía, tan solo nosotros. Por un momento tuve una imagen muy romántica, que cada noche hacia mía antes de dormir y era sobre

nuestro reencuentro. Imaginaba que al observarle de nuevo, Arthur estiraría sus brazos y yo correría a ellos con lágrimas en los ojos, junto a una amplia sonrisa en mis labios, mientras el viento soplaba con suavidad mis cabellos, dándoles vida, dándoles volumen. Y entonces nos fundíamos en un abrazo, yo besaba su cuello, mejillas mientras él hundía su nariz en mi cabello para luego separarme de él un poco y besarme los labios con ansias, como el reencuentro lo exigía. Pero el nuestro fue tan poco romántico y formal, que de no haber sido por los estragos de la imaginación, habría sido un reencuentro aburrido.

—Señora Ribbons.

Saludó Arthur, acercándose a mí y tomando mi mano para besarla con una venia. Sentí mi cuerpo desfallecer, ante sus labios en contacto con mi piel otra vez. Fue como si yo fuera una planta marchita a la que daban riego una vez más.

—Señor Arthur.

Saludé con igual cortesía y aire formal. Cuando levanté el rostro, sus ojos me sonreían y todo en él cobró una magia que no capté antes.

—Señoritas, les importaría acompañarme al salón para conversar.

Expresó, ofreciendo un brazo a cada una para caminar escoltadas por su preciosa y angelical figura.

Cuando entramos al salón, este era una sala de lectura que solo aquel hotel tenía, como si fuera un barco de primera clase.

—¿Cómo estuvo su viaje? Espero que sin infortunios— dijo con una sonrisa cálida—Querida Francis— Esta vez se dirigió hacia mí, ignorando a nuestra hija por completo —Me has llenado de tanta felicidad al leer tu carta. Hacia muchos años no sabía de ti, aún recuerdo esa hermosa amistad que tuvimos— le hice un gesto para que no hablara de más en presencia de Madeleine y él comprendió, aclarándose la garganta —Bien, querida señorita Madeleine, como sabrá su madre ha tenido la gentileza de contactarme para que yo pudiera introducirla en sociedad, y de esta manera encontrar un marido para usted— los ojos de mi hija se abrieron de par en par. No esperaba tanta sinceridad por parte de Arthur, como yo tampoco lo esperaba —Permítame primero presentarme, la alegría de ver nuevamente a su madre, acabó con todos mis formalismos— exclamó riendo. Era un sonido tan delicioso, que acarició mis entrañas por unos cuantos segundos —Soy Arthur Robards, y espero poder algún día, ser más que solo un facilitador de su futuro seguro— besó la mano de mi hija y regresó a su asiento —Bien Francis, en un mes más o menos, tendrá lugar el baile de temporada más importante de todo Manhattan, y creo que sería de gran agrado para la señorita aquí presente, poder asistir.

—Arthur, son muy gratas noticias, pero... debes recordar que Madeleine no ha sido instruida en modales de sociedad.

—No importa— expresó rascándose la cabeza preocupado —Eso es lo de menos, puedo contratar una doncella que la guíe, o mejor aún una *governess*. Ahora lo que importa es hacer lo primero— mandó a llamar al mismo joven que nos llevó hasta la terraza, y le pidió enviar los papeles seguido del señor Cupelli —Primero quiero hacer algo muy importante, pues sin ello la señorita Madeleine no puede asistir al baile— sonreímos mutuamente, sabiendo por donde dirigía aquella conversación. —El señor Cupelli ha sido mi abogado por más de quince años, y él nos ayudará a darle un apellido a Madeleine.

Al salón se nos unió un hombre pequeño, y regordete. Con el rostro agradable en comparación

con su horrible cuerpo. Saludó a todos los presentes, y de un folder de manila sacó unos papeles. Los leyó todos en voz alta y preguntó si alguien se oponía, por supuesto que nadie lo hizo. Sacó una pluma de oro de su bolsillo, se la entregó a Arthur y luego me la dio a mí.

—Señores, con esto damos por cerrada la sesión, la señorita Madeleine Robards ahora figura como hija legítima del señor Robards.

Madeleine nos miró sin poder entender nada, a lo cual Arthur explicó con mucha sutileza, que para ser una señorita de clase alta y asistir a esos bailes, debía poseer un apellido de familia rica y reconocida en el país. Y como yo era viuda no podría hacer nada. Madeleine pareció entender aquello sin mucho preámbulo. Para ella importaba más cumplir su sueño anhelado, que recibir detalles sin importancia.

—Ahora si me disculpan, debo hacer una llamada. Pediré a la oficina central que me comuniquen con la escuela *Kingsbury* en New Hampshire, para que envíen por una *governess* lo más pronto posible.

—No sé cómo darte las gracias Arthur, siempre has sido un...— guardé silencio y lo miré por largo rato, expresándole con mis ojos lo que mis labios callaban —Un gran amigo— añadí sin poderlo creer. Arthur solo asintió y me tomó de la mano para darle un ligero apretón.

—Es un honor para mí Francesca— sus ojos azules centellearon como rayos en el cielo, llenándome de electricidad —Me gustaría tener un rato a solas, para ponerlos al día ¿Cuándo crees pueda ser posible?

Miré a nuestra hija asomada por el ventanal, tan consumida y distraída, que las palabras escaparon de mi boca con tremenda rapidez.

—Puede ser esta misma noche, mientras Madeleine duerme. ¿Dime donde te encuentro? puedo escaparme.

—Estoy hospedándome en este hotel por el mismo tiempo que ustedes lo estarán, espérame en esta misma sala— se acercó a mi oído y susurró —Te amo...

Estaba a punto de besarme en los labios, cuando me alejé. Tomé a Madeleine del brazo y me la llevé. No quería cometer otra locura en mi vida. Además, no sabía nada de Arthur y tenía miedo, miedo otra vez a equivocarme. A lastimarlo.

## Capítulo 12

Esperé hasta las once treinta cuando Madeleine ya estaba profundamente dormida, y salí en busca del salón de lectura. Mis pasos eran un poco lentos, ya no corría con la misma agilidad. El corazón me latía con cada paso que daba y con este, en mi mente se amontonaban todos los momentos que Arthur y yo pasamos juntos, y los que yo imaginé pudieron suceder de no haberlo sacado de mi vida.

Al llegar al salón, suspiré hondo y abrí la puerta. Lo encontré ahí, de pie en la misma ventana por la cual Madeleine se asomaba esa misma tarde. Tenía las manos en la espalda, cuando se giró. Me sorprendió con una rosa roja en sus manos y una de las más radiantes sonrisas.

—Mi preciosa Francis. No has cambiado nada— me estrechó en sus brazos y me besó ambas mejillas —Eres la misma hermosa mujer, que dejé veinte años atrás. ¿Sabes cuantas veces soñé con este momento?

El llanto se me atoró en la garganta. No podía ni deseaba hablar, solo fundirme en sus brazos. Pero en su lugar, me di la vuelta y lo saludé con mi espalda. No quería mirarlo, al menos no por un rato hasta no calmarme.

—Yo también lo soñé muchas veces Arthur, pero...— Sus manos en mis hombros y sus labios en mi cuello, me hicieron girarme con lentitud. Me dio la rosa y me tomó de las manos con delicadeza, para guiarme hasta un sillón. —Arthur, no has cambiado nada— susurré dejando que las lágrimas cayeran libres, coloqué una de mis manos envejecidas sobre su rostro y lo acaricié con mis dedos temblorosos —Eres ese niño del que me enamoré.

Arthur me tomó de la mano, abrazándola con la suya y la besó sin apartar sus ojos de los míos.

—No soy un niño Francis, nunca lo he sido. Soy un hombre, y después de que me sacaste de tu vida. Mi mundo dejó de girar, mi vida dejó de tener sentido. Eras mi primer amor— Arthur hablaba con urgida paciencia, no había un ápice de rencor en él y eso me calmó —No tenía a donde ir, así que me vi en la penosa tarea de regresar a mi casa como el hijo prodigo. Cuando llamé a la puerta ya nada era igual. Mi padre era un anciano seco y absorbido por la vida, tenía muy pocos recuerdos de lo sucedido, su memoria fallaba igual que su corazón. Mi madre seguía temerosa, pero con un velo de luto y tristeza que no logré comprender. Se alegró al tenerme de vuelta, pero fue un recibimiento frío y distante, como si fuera un objeto más— sentí que mi corazón se hacía pedazos con cada declaración de Arthur, pero necesitaba conocer qué fue de él todos estos años. —Mi madre me puso al tanto de todo, y me dijo que mi hermana Meghan había tenido un hijo fuera del matrimonio, pero que a los cuatro días de dar a luz murió. Mi sobrino

Roger fue adoptado por mi hermana Anne y su esposo Wauters. Le dieron acogida como si fuera su hijo. Mi padre era ya un hombre cansado, había trabajado mucho todos esos años para formar un imperio. Y antes de morir, me dijo que estudiara medicina, que él me apoyaba y así lo hice. No quería estar con la mente ociosa y recordarte con cada estímulo, porque hacerlo me dolía. Estudie medicina y trabajé como médico muchos años, hasta que mi padre me pidió que cuidara de su herencia y que fuera un guía sabio en la vida de mi sobrino. Anne no tenía dotes muy maternas y Wauters estaba muy poco en casa, se había vuelto alcohólico y le gustaban las apuestas. Fui madre y padre de mi sobrino desde sus diez años. Me lo llevé a vivir cerca de mi antiguo hogar, para no perder de vista el imperio de mi padre. Con cada año que pasaba, me di cuenta que no podría amar a nadie más que no fuera a ti. Y bueno, por si te lo has preguntado alguna vez Francis. Nunca me casé, siempre te he amado y lo haré hasta el día de mi muerte.

Era un mar de lágrimas, lloraba por el reencuentro, por su forma de hablar y por lo que había sufrido. No podía perdonarme haberlo sacado de mi vida como si fuera un perro, para que luego su familia tampoco lo recibiera con honores ni carisma.

—Perdóname Arthur, te lo suplico.

Fue lo único que atine a expresar. Pero Arthur con su corazón tan lleno de bondad, sonrió como siempre lo hacía.

—No hay que perdonar nada Francis. ¿Qué quieres que te perdone, habernos enamorado y seguirnos amando?

Su forma de mirarme, era igual que como me miró veinte años atrás.

—Ya no soy la misma Arthur, tengo sesenta años. ¿Qué puedo darte yo?

—Francis— exclamó rodeándome con sus brazos. —Yo también estoy viejo, el cuerpo se arruga y llena de canas, pero nuestras almas siguen vivas y enamoradas como la primera vez. Tú no eres una viejecita como mi madre o como cualquiera; eres el amor de mi vida. Tan reluciente como siempre te admiré, tan llena de vida y dulzura. Tan atractiva y hermosa. Estas preciosas arrugas en tu rostro— dijo recorriéndolas con la punta de su dedo, y sentí como algo en mis entrañas cobraba vida —Son los surcos que dejaron tus lágrimas al llorar por mí— susurró, besándome con pequeños toques cada poro de mi rostro. —Eres hermosa, siempre lo has sido. No imaginas las ganas que tengo de estar contigo y no separarnos jamás. Nunca podría amar a nadie como te amo a ti.

Me dejé llevar por sus palabras y por la magia del momento, le rodeé el cuello con mis brazos y lo besé en los labios. Con toda esa pasión y amor albergada con los años. Tenía tantas cosas que decirle, pero las palabras escaseaban en mi boca y los sentimientos tamborileaban en mi pecho por salir desbocados sin control. En aquel beso le dije todo lo que callé por veinte largos años.

—Yo también te amo a ti Arthur, siempre te he amado. Y al igual que tú, nunca me casé. Me inventé el apellido por mi hija, nuestra hija.

—No te preocupes por ella Francis, Madeleine estará bien. Cuando recibí tu carta, sabía quién podría ser su esposo...— lo miré con aire de sospecha —Mi sobrino Roger, no hay hombre mejor sobre la tierra que él. Estoy seguro que se amarían como lo hemos hecho tú y yo.

—Pero, ¿Cómo piensas hacer para que se enamoren en un baile de semejante magnitud?

—Tengo varias ideas, tu solo déjame actuar. Y cuando esté todo listo, solo te pido una cosa más.

—¿Qué deseas Arthur?

—Que me lleves contigo a nuestra cabaña en Richmond, y vivamos juntos lo que nos quede de vida.

—Acepto.

Nos fundimos en un profundo beso, sin tiempo ni espacio, sin miedo ni pena. Pero tan lleno de sentimiento y amor, que me llevó a imaginar escenas prohibidas para alguien de mi edad. Me aparté de su cuerpo tentador, y le di las buenas noches.

## Capítulo 13

Las siguientes semanas, Arthur y yo compartimos muy pocos ratos juntos. La institutriz llegó al hotel y estuvo enseñándole todo lo importante a nuestra hija Madeleine. Reglas de etiqueta, y un poco de arte. Arthur le enseñó a bailar y a comportarse recatada con un caballero. Ni Madeleine ni yo sabíamos que Roger, se estaba hospedando en el mismo hotel y ni Arthur nos puso al tanto tampoco.

Cuando Madeleine estuvo ya preparada para presentarse en sociedad, Arthur nos tenía preparada otra sorpresa.

—Hoy habrá una cena de gala en el comedor del hotel, me pregunto si desean asistir— Madeleine aceptó emocionada y yo cedí por ella. —Las espero a las siete treinta, no falten.

Cuando subimos a la suite, sobre nuestras camas había dos cajas enormes de cartón en color crema. Con una tarjeta en cada una. *Para Madeleine mi hermosa señorita y para el amor de mi vida Francis*. Destapamos las cajas y dentro había dos preciosos vestidos de noche.

Ayudé a mi hija a vestirse y peinarse, lucía como una reina. Sus ojos chispeantes y su rostro lleno de ilusión. Me probé el vestido que de seguro Arthur había escogido para mí, y sonreí al mirarme como una segunda reina también. El vestido de Madeleine era en color turquesa con encajes en dorado y el mío era en un precioso color champagne con tejido en púrpura. Junto a los vestidos, venía una cartera y unas zapatillas a juego.

Bajamos hasta el comedor, luciendo aquellos vestidos de etiqueta y al llegar, Arthur nos esperaba en la entrada del salón, acompañado del mismo joven que nos recogió en la estación del tren. Era un muchacho tan alto como Arthur, con los ojos grises y el cabello negro azabache. Tenía un rostro angelical, sin dejar de ser varonil.

—Señora, señorita— saludó Arthur con cortesía —Les presento a Roger Robards, mi sobrino.

Ni Madeleine ni yo podíamos creerlo. Me entró miedo al pensar en lo que Arthur tenía pensado aquella noche, pero me dejé sorprender. Sabía que era un hombre noble y sabio, nada en su mente sería vergonzoso.

Arthur me tomó del brazo, y luego Roger tomó a Madeleine del brazo y juntos hicimos nuestra entrada triunfal al salón, atestado de comensales de clase alta.

—Esto Madeleine, es lo más cercano a una presentación en sociedad, solo que tú ya posees un pretendiente.

—¿Podrías explicarme que es todo esto Arthur?

Los tres rieron como mofándose de mí. Luego Arthur habló con suavidad con esa calma que

tan bien le describía —Te sonará a cuento de hadas Francis, pero mi sobrino ya estaba al tanto de Madeleine. Por eso le envié por ustedes a la estación del tren y mientras ustedes caminaban por el hotel, Roger y Madeleine se encontraban por especial casualidad. Tú hija coqueteaba con mi sobrino sin que tú te percataras de ello, y hoy he planeado esta cena especial para que Madeleine sea presentada aquí y no en Manhattan. —Por Dios Arthur ¿Te has vuelto loco o que te pasa?— grité histérica —Vas a poner a mi hija en ridículo. Ni siquiera conozco a tu sobrino, y ella ni tan siquiera sabe nada de él.

—Ten calma Francis, Roger no es un hombre cualquiera. ¿Se te olvida que quien lo crió fui yo?— Arthur me tomó de los brazos con fuerza y me clavó su mirada, hasta bajarme la rabia que me inundaba —Solo observa la sorpresa y no me juzgues con tanta dureza.

Entramos al salón y el nombre de Madeleine fue anunciado por alta voz. Todos los presentes eran familias adineradas, parejas ya casadas. Por lo que logré ver, no había ningún otro soltero a excepción de mi hija y Roger.

Madeleine bailó unas piezas con Arthur y otras más con Roger. Luego varios hombres presentes la sacaron a bailar también. El rostro de mi hija se iluminaba con tanta alegría, que me conmovió el alma. Se veía tan ligera y angelical, dando vueltas por todo el salón, que parecía una bailarina del amor. Y la forma en que Arthur la observaba, me despertaba la ternura. Tantos años separados, padre e hija, para que ante su encuentro ninguno pudiera reconocerse libremente como tal.

Cuando llegó la hora de cenar, nos sentamos juntos en la misma mesa.

—¿Y bien ahora que tienes que decir Francis?

—Discúlpame Arthur, pero contigo la vida parece de ensueño, y tenía miedo a que cometieras una locura. Perdóname por juzgarte así.

—No hay nada que disculpar, tu hija ya tuvo su presentación en sociedad. Ahora todo seguirá normal. Nos quedaremos en el hotel un tiempo más, para que mi sobrino corteje a tu hija, y cuando ambos se sientan preparados, podrán casarse.

La velada transcurrió tranquila como una cena de gala cualquiera, pero esa era la primera fiesta de sociedad a la que mi hija asistiría. No sabía si contarle sobre mi verdadera identidad, sobre mi amor con Arthur o dejarlo todo en secreto. Quizás lo mejor sería que todo eso siguiera siendo mi más preciado secreto.

## Capítulo 14

Tres meses más tarde, Madeleine y Roger se casaron en la capilla de Saint Paul. Por lo que Arthur me contó, su sobrino había heredado toda la fortuna de su abuelo Kalahan. Después de que la guerra pasó y Virginia comenzó su periodo de reconstrucción, poco a poco Arthur con la ayuda de otros hombres de confianza, readaptaron las fábricas para que volvieran a producir tabaco. Las siembras se volvieron a tomar en cuenta de importancia primaria, y fue Arthur quien buscó a los mejores trabajadores mientras él figuraba como administrador temporal.

Cuando su sobrino cumplió los veinte años, comenzó a enseñarle cómo debía administrar su imperio. Roger era un hombre maduro, y sabio como lo era su tío. Me sentí tranquila y complacida al saber que mi hija estaba y estaría en las mejores manos el resto de su vida.

—Hasta pronto mamá.

Madeleine había cambiado su aire inocente y un poco infantil, para convertirse en toda una mujer. Recién había cumplido dieciocho años y saberse esposa de un hombre como Roger que la amaba, respetaba y que además tenía tanto dinero, la obligó a madurar más pronto de lo esperado por mí.

Como un esposo que ama a su mujer, antes de mudarse mandó a comprar una colección de vestidos, sombreros, joyas y zapatos para que Madeleine se luciera como toda una dama de sociedad.

Le ayudé a guardar todo el equipaje en un conjunto de baúles que recién compró Roger también. La tomé de sus manos y la miré directo a los ojos. Le sonreí y finalmente la estreché en mis brazos.

—Hasta pronto hija. No olvides escribirme de vez en cuando.

—Lo haré mamá.

Mi hija y mi yerno se mudarían a Charleston. Roger seguía liderando el imperio de su abuelo y tío, pero ya casado no deseaba dedicarse a ser empresario de una fábrica que alentaba los vicios, por lo que decidió vender sus acciones y la fábrica también. Con el dinero montaría su propia empresa y a mi hija, le daría la oportunidad de trabajar en un pequeño local también si así lo deseaba. Por lo cual Madeleine escogió el oficio de las letras y pidió a Roger que le montara una modesta imprenta, donde mi hija podría dedicarse no solo a escribir y publicar sus historias sino las de otros americanos también.

—Ahora que he cumplido mi palabra Francis, espero tú cumplas con tu trato también.

Lo miré directo a los ojos, sintiéndome avergonzada. Pero sí, no había nada más que deseara

en mi vida que estar con Arthur. Haberlo reencontrado, me despertó ansias y sobretodo esa ilusión del amor que creí perdida muchos años atrás.

—Por supuesto que he de cumplir con mí promesar Arthur.

Le tomé del brazo y nos subimos a un coche que nos llevó directo a la estación del tren, para ir de regreso hasta aquel lugar que nos unió como amantes.

Estaba nerviosa, pues no sabía cómo reaccionaría Arthur al ver tantos cambios en el pueblo, pero sobre todo al ver que aquella vieja cabaña ya no existía posiblemente le sacaría las lágrimas de tristeza.

Bajamos del vagón y en lugar de pagar un coche hasta la casa, decidimos caminar como si la juventud nos abrazara. A medio camino, y por el calor Arthur terminó sacándose la americana y abriéndose unos cuantos botones de la camisa. Yo no podía deshacerme de ningún atuendo, pero con gusto soportaría incomodidad y calor.

—Bienvenido a tu nueva casa Arthur— expresé nada más entrar por las guías que dirigían hasta aquella mansión. Arthur se quedó asombrado, pues no esperaba semejantes cambios en la residencia —Cuando nuestra hija se comenzó a volver preguntona y las fiestas de cumple años más seguidas, tuve que echar mano de donde pudiera. Con tus adelantos logré sacar unos cuantos ahorros, compré tierras que luego terminé vendiendo y luego remodelé la cabaña por una casa de verdad.

—¡Oh! Francis siempre fue una casa de verdad, era nuestro hogar— expresó apesadumbrado —¿Puedo entrar?—

Preguntó señalando la residencia. Asentí sin poderlo evitar.

—¿No te gusta?

Pregunte insegura, una vez que Arthur había recorrido cada rincón. —Por supuesto que me gusta, me encanta— me dedicó una de esas preciosas sonrisas que tanto me gustaban —La otra guardaba muchos recuerdos, hermosos y tristes, pero esta solo ha de guardar nuestros recuerdos más felices— agregó, abriendo por fin mi nueva recamara, al observar la cama no pudo hacer otra cosa más que mirarme con picardía. El rubor me tiñó las mejillas y el corazón se me desbocó desesperado.

—Esperaba con tantas ansias un momento así.

Dije sin pensarlo, mirando a Arthur con nostalgia y a la vez deseo. Una pasión profunda que despertaba como si esa tarde en ese lugar, tuviera el derecho de hacerlo. —Yo también lo deseaba y mucho Francis— caminó hasta la cama y se sentó al borde, perdiéndose en la ventana que daba al jardín, una pequeña pieza de césped con flores y justo ahí se mecía nuestra hamaca. Arthur se levantó y ando tres pasos hasta la ventana. Puso sus manos en el cristal y luego giro su cabeza para mirarme después de un suspiro —¡Nuestra hamaca!— susurró emocionado —La has arreglado mi amor.

—Sí, esa es nuestra hamaca—

Respondí con poco aire en mis pulmones. Arthur se notaba tan tranquilo, y yo tan desesperada por tenerlo entre mis brazos y hacer el amor. Mi piel reseca como pétalo marchito, se erizaba desesperada ante sus deliciosos contactos.

—Hoy desearía hacer algo especial Francis— habló por fin, después de largo rato en silencio perdiéndose en el ventanal.

—¿Qué hora es?

Miré el reloj antiguo, que descansaba sobre mi mesa de noche.

—Son las cuatro treinta de la tarde ¿Porque Arthur?

—¿Te importaría preparar la cena juntos? Hace mucho que deseo compañía cercana.

Andamos tomados de la mano como si fuéramos niños, y entramos hasta la cocina. Preparamos pasta y un ligero postre. Comimos riendo y llorando, al recordar viejos tiempos. Bebimos vino y bromeamos. Parecía que el tiempo solo había marcado nuestros cuerpos, más no nuestras almas. Seguíamos tan unidos como la primera vez.

La mesa del comedor ahora tenía espacio para albergar doce invitados en lugar de solo dos. Ahora casi todos los salones estaban alfombrados y provistos de luz eléctrica. Lámparas elegantes de cristal, relucían en cada techo, seguidos por candeleros en las esquinas y oleos que con el tiempo fui adquiriendo. Pensaba más en la herencia de mi hija que en darle un aire ostentoso a la casa.

A pesar de que era verano, las noches por lo común eran muy frías. Por lo que Arthur se empeñó en encender la chimenea y dejar encendidos solo los candeleros a gas. No pude deshacerme de ellos, guardaban su propia historia por lo que los colgué en lugares estratégicos, que marcaban momentos especiales de mi vida, en los espacios que de mi antigua casa fueron importantes.

Caminó con confianza y tranquilidad hasta el salón del teléfono, y encendió el fonógrafo. La música clásica inundó todo el espacio y extendió sus manos para invitarme a bailar en el salón. Sonreí tímida, como una niña enamorada. Volver a sentir su calor, su aliento y mirar sus ojos azul profundo como el océano, me inundó de una deliciosa ración de placer y felicidad. Arthur tenía su mano en mi espalda baja y con la otra, sostenía delicado mi mano, acariciando mi palma con su pulgar. Nuestros alientos se agitaban con cada paso y giro, nuestras bocas se secaban ansiando un beso.

Me apoyé sobre el pecho de Arthur, dejando que sus manos me rodearan la cintura, mientras bailábamos lento. El calor de la chimenea a nuestras espaldas y la luz tenue barnizando el ambiente, era todo lo que nuestras almas anhelaban. Pero nuestros cuerpos buscaban mayor cercanía, reconocimiento y apertura.

Con delicada pasión, Arthur bajó la cremallera de mi vestido, y metió su mano tibia dentro de mi piel para acariciarme la espalda, y besarme el cuello; mientras sus labios buscaban los míos. Mis manos inquietas se quemaban al contacto de su calor traspasando la tela de su camisa. Todo mi cuerpo comenzó a agitarse y a temblar, el deseo me consumía y aun no estábamos rozándonos desnudos.

Arthur tomó mis manos y luego de besarlas las colocó sobre su miembro, dándome confianza para hacerlo mío. Levanté la mirada en verde profundo, bañada en lujuria y timidez, y la clavé en sus ojos. Subí mis manos hasta su pecho y le abrí los botones, buscando el calor de su pecho, besándolo y lamiéndolo con urgencia.

Sentir la dureza de su miembro en mi vientre y su pasión, me hizo olvidarme de la edad que tenía, dejándome llevar por aquel momento.

Regresé mi mano hasta donde Arthur la había colocado, y la metí dentro de sus pantalones, para sentir su humedad palpitante y su tibieza. Arthur dejó escapar un gemido y me alzó en andas para subir hasta la recámara.

Me desnudó y contempló como si fuera un lienzo, ya pintado por el pincel de la vida. Su frente

transpiraba y su corazón palpitaba con desenfreno. Se relamio los labios, deseoso de besarme y no dejar de hacerlo nunca.

—Eres tan hermosa Francis, tan exquisita— jadeó al fin, prensando sus labios de mis pechos para lamerlos y besarlos con tentación —Eres tan preciosa, tan madura y adictiva.

Su nueva forma de adularme y amarme, me hicieron sentir más deseada, y llena de pasión.

Su mano en mi espalda, hizo de palanca para llevarme directo al colchón y hacerme suya, y yo hacerlo mío.

Me besó el cuerpo, recorriendo esa nueva superficie de llanos y valles. Mientras yo acariciaba su miembro. Aquella sensación fue para ambos deliciosa, nunca antes le había hecho el amor con mis manos.

Arthur se colocó sobre mí, para comenzar a besarme los labios. Su lengua lamiendo mis labios, danzando dentro de mi boca, jadeando a momentos o gimiendo cuando mis dedos lo apretaban de más.

Sin haberlo esperado o pedido, Arthur comenzó a moverse sobre mí, besándonos los labios aun, y bajó su mano hasta mis piernas, para recorrerlas con sus dedos y luego perderlos con maestría en medio de ellas. Sentirlo acariciar mi feminidad con tanta delicadeza y pasión, me hizo suplicarle que me hiciera el amor tan pronto pudiera. No estaba segura de poderlo aguantar más tiempo lejos de mí.

—Ámame Arthur, te lo suplico.

Y Arthur me complació entrando en mi con poca fuerza, llevando el ritmo de los violines que a duras penas alcanzaban el rellano del segundo piso, para luego a medida que los gemidos y jadeos aumentaban, su ritmo también lo hacía.

Al amanecer, abrir mis ojos y encontrarlo a mi lado, fue el despertar más hermoso y perfecto jamás antes sentido. La noche anterior fue perfecta, pero sentirlo aun a mi lado, era más perfecto aun.

—¡Buenos días mi amor!— Me saludo con esos ojos brillantes, ahora más llenos de vida. Le besé los labios con deseo y dulzura. Saludándole en respuesta a sus buenos días. —Te amo Francis, no te alejes de mi lado.

—Yo también te amo a ti Arthur, y jamás me iré de tu lado.

&&&

Me preguntaba cómo se sentía Madeleine, hacía semanas no recibía respuesta suya por carta, ni tampoco una sola llamada. Imaginaba que la estaba pasando de lo mejor con Roger, como lo estaba también disfrutando yo al lado de Arthur.

De haber sabido con nuestras edades no eran un impedimento, como Arthur me dijo unas noches atrás, jamás lo hubiera sacado de mi lado. Pero quizás de haber sido así, mi hija nunca hubiera podido heredar nada y tampoco se hubiera casado con Roger. Ahora entiendo que todo en el destino y en la vida tiene una explicación certera. Lo único de valor ahora es que por fin Arthur y yo hemos vuelto a estar juntos y sobretodo que para el verdadero amor, no hay edad... para los placeres de la vida no hay tiempo. Y para ser madre, solo basta con tener un corazón capaz de cargar con un hijo por el resto de su vida.

Durante varios años, seguí llevando cuenta de mis días en mi diario, supe entonces que ese

cuaderno contenía un resumen de todo lo que fue mi vida junto a las cartas, entonces ya no sabría qué representaba mi máspreciado secreto. Si el diario, mi amor con Arthur, o que él era el padre biológico de Madeleine. En todo caso, esas hojas eran lo más valioso que mi hija podría encontrar en esta casa cuando yo muriera.

Ya era una mujer muy mayor, tenía setenta y tantos años. Arthur cuidaba de mí como yo siempre temí. Era irónica la vida.

—Sabes Arthur... yo te saque de mi vida porque miedo a sucediera justo esto— dije, refiriéndome a sus cuidados. Como si yo fuera su madre.

—¿Qué tiene de malo cuidar de la mujer que amo?— preguntó con dulzura —El amor no solo es deseo y pasión, también es respeto, dedicación y cuidado. Y como una vez tú cuidaste de mí cuando me descubriste herido, ahora yo cuido de ti, porque te amo.

Por parte de Madeleine en diez años, solo tres cartas habíamos recibido. Ahora sabía que era abuela, y esperaba emocionada que para el día de acción de gracias, mi hija nos visitara con mis nietas.

## Capítulo 15

### *Charleston, 1910*

Por fin había terminado de leer el diario de mi madre, junto a las cartas que ella guardó con tantas ansias. No sabía si sentirme alagada, traicionada o avergonzada. Nunca hubiera imaginado que Arthur fuera mi verdadero padre, aunque sí lo sospeché aquella tarde cuando lo conocí en el hotel Helland. Imaginé que entre él y mi madre hubo algo más que solo una amistad. Los ojos chispeantes de ambos, denotaban un romance secreto, pero yo era muy joven para tener esa maliciosa madurez. Además estaba tan conmocionada por la elegancia del lugar, y por la reacción que el joven había provocado en mí, que no tuve momento de pensar en un supuesto romance entre mi madre y ese hombre. Tampoco pude imaginar que Roger fuera el mismo hombre del cual quedé prendada, nada más salir del tren en compañía de mi madre. Y que además para complicar más las cosas, fuera el sobrino de Arthur. En ese tiempo todo parecía de ensueño, como para aceptarlo con pronta rapidez. Ahora me sentía mucho más abrumada que en esos años de juventud, estaba asustada y confundida. Tomé el manojito de cartas junto al diario, y fui en busca de mi esposo. Necesitaba de su apoyo y contención.

—Cariño— llamé a la puerta de su oficina, y no tuve que esperar ni dos minutos, cuando había ya abierto la puerta. Lo miré con los ojos llenos de lágrimas y me abracé a él —Te amo.

—Yo también te amo Maddy, ¿Qué sucede?— Preguntó tomándose el rostro en sus manos con tanta dulzura, que mi espíritu inquieto, encontró por fin la calma. —Sabes que siempre puedes contar conmigo. ¿Hay algo de lo que deseas hablar?

—Sí, son tantas cosas... no sé qué pensar, Dios mío. Me voy a volver loca.

—Shshsh, no digas eso. Ven vamos entra, le pediré a Lorna que nos traiga el té.

Tomé asiento en una butaca de la oficina de mi esposo y me derribé. Comencé a llorar sin control, tantos años de silencio. No sabía quién sufría más si yo, o mi madre.

—Ahora sí, dime ¿qué es lo que te ha afectado tanto Maddy?

Miré a Roger con ojos estrellados, y el rostro pálido.

—¿Sabes... sabes que somos primos?— El rostro de mi esposo se desencajó tanto como el mío cuando lo supe —Sí Roger, tu tío Arthur es mi verdadero padre. Él y mi madre tuvieron un romance y de ese nació yo.

—A ver Maddy, puedes por favor empezar desde el principio— suplicó atusándose el cabello con desesperada confusión —No comprendo nada.

—Discúlpame tienes razón. Comenzaré por contarte el viaje— Roger asintió agradecido, me tomó de las manos y me invitó a sentarnos juntos en el sofá de cuero oscuro —Ya sabes porqué tomé el viaje, ¿no es así?

Roger asintió paciente, aunque podía ver desesperación en sus ojos e impaciencia. Reanudé la plática con toda la calma y claridad posibles.

Tras bajarme del tren imaginé que mi madre me esperaba de brazos abiertos, como si presintiera mi regreso después de tantos años en mi ausencia. Observé su cabello blanco como una mota del algodón que antes se cosechaba. Sus ojos verdes ya opacos por la vejez. Y su cálida piel, tan lúcida y blanca dibujada con líneas profundas, de esas que deja solo el tiempo y que muchos le llaman arrugas.

La culpa me embargó tras leer el penúltimo fragmento del diario, donde mi madre guardaba la esperanza de que algún día la visitaría con mis hijas, pero eso nunca sucedió. Cuando me casé con Roger, nuestras vidas estuvieron muy ocupadas, primero él montando su propia empresa de exportación de productos, y yo con mis asuntos sociales, fiestas, y reuniones. Luego con mi trabajo de escritura, la imprenta y finalmente mis hijas. Simplemente no tenía tiempo, mucho menos para mi madre. Quizás tenía miedo de verla envejecer más, no fue fácil para mí tener una madre mayor, a diferencia de mis amigas cuyas madres en aquellos tiempos rebozaban juventud. Fue por esa razón que me alejé de ella y no la visité por años, sino hasta el día de su muerte, cuando recibí la llamada de la enfermera anunciándome la enfermedad de mi madre.

Tampoco sabía que mi madre y Arthur vivían juntos, Roger perdió contacto con su tío, como lo perdí yo con él. Tan solo supimos que había muerto doce años después de haberme casado con Roger, su muerte repentina nos embargó de mucha tristeza, pero nadie nos hizo saber que él y mi madre estaban enamorados, como tampoco supe que mi madre vivía sola sopesando la triste muerte de su amor. Arthur había muerto de un ataque al corazón, y cuidó de mi madre por doce largos años.

Francis a pesar de ser una anciana, tenía la mente lúcida y estaba saludable, sin embargo estaba casi ciega por cataratas en los ojos y tenía reumatismo, lo cual le obligaba a estar en cama mucho tiempo. Fue el ama de llaves que Arthur contrató antes de su muerte, la que buscó una enfermera para mi madre, y cómo juntas me pusieron al tanto de la trágica situación que sufría mi madre. El gobierno estaba haciendo todo lo posible por desterrarla de su hogar, mucho antes que su alma exhalara el último respiro.

Cuando comenté a Roger lo que pensaban hacer con mi madre y nuestro hogar, él sugirió traerla hasta Carolina del Sur y dejar que la casa fuera solo eso, un hogar lleno de recuerdos. Pero me negué a darle un centavo al gobierno, y a seguir la sugerencia de mi esposo. Además mi madre estaba muy aferrada a su cama, agonizando pero siempre consciente de lo que pasaba a su alrededor. La única vez que la enfermera trató de moverla fuera, mi madre se negó con tanta insistencia, que parecía morir ante aquel fatídico esfuerzo por hablar de sus inquietudes. La enfermera pidió al comité que dejara a la señora sola y así lo hicieron.

Después de aquel cruel atentado, mi madre vivió una larga temporada más, impidiendo que la sacaran de su casa, como si fuera un trasto inservible. Mientras tanto, yo hacía lo posible porque mi hogar no pasara a otras manos, siendo esta mi única herencia materna. Aquella casa era patrimonio nacional, dado que a los pocos kilómetros de ella, había tomado lugar las batallas más grandes de mi país. Por esas calles desfilaron los soldados confederados y ahora que mi madre

estaba muerta, los derechos de propiedad estaban a solo unas pocas firmas de hacer mi casa, propiedad del presidente Theodore Roosevelt. Simplemente no podía permitirlo, era lo único que me quedaba de mi pasado.

Haciendo lo imposible y hasta lo indebido para una mujer, a escondidas de la familia de Roger y siendo apoyada por mi esposo, contacté a varios notarios junto a otros contactos de interés, quienes confirmaron para tranquilidad de todos, que al haber un documento póstumo firmado por mi madre, las cosas se complicaban más para el gobierno haciendo el beneficio todo mío. Así fue como terminé haciendo de aquella casa mi hogar de nuevo, para dejarlo como dote extra, a alguna de mis hijas en caso que llegaran a enviudar.

—Y bueno, como te habrás dado cuenta, estas cartas y este diario, contienen la esencia más pura de mi madre. Del amor de tu tío y mi madre, un amor que ella catalogó como su preciado secreto.

—¿Qué piensas hacer con él?—

Preguntó dudoso sospechando que yo, no aguantaría las ansias de tirar varias copias de esa historia al mercado.

—¿Tu qué crees?— pregunté con un sonrisa, ahora más calmada al recibir la atención y apoyo de Roger —Lo enviaré a mi imprenta, que mi madre y tu tío nos disculpen por faltar a su memoria, pero este romance, lo debe conocer todo el mundo.

—Maddy por favor, se prudente.

—Descuida, que cambiaré los nombres.

Le besé ambas mejillas y salí de su despacho con el corazón sonriente.

Después de todo, me sentía orgullosa por la madre que tuve. Nunca se rindió, y siempre fue una mujer valiente y fuerte, a pesar de que la vida le sonrió tan pocas veces. Hubiera deseado ser como ella, una buena madre, pero con suerte estaba entre las mejores.

Levanté el cuaderno a lo alto y después de besarlo con respeto: susurré con nostalgia *“Te amo mamá”*

Tenías razón, *“Para el verdadero amor, no hay edad... para los placeres de la vida no hay tiempo. Y para ser madre, solo basta con tener un corazón capaz de cargar con un hijo por el resto de su vida”* leí en voz alta, subiendo a mi recámara para dormir y con suerte soñar en todo lo hermoso que viví cuando joven, y lo mágico del amor que anhelaba mis dos hijas pudieran gozar también.

**FIN**

*Te agradezco mucho querido lector, que hayas llegado hasta aquí. Si te ha gustado, y tienes la buena voluntad de dejar tu opinión, estaría muy agradecida. ¿Qué es un escritor sin lectores fieles? Una caja de historias vacía...*

**Encuentra sus otros títulos:**

- Rosas para Ema (romance histórico)**
- Falsa Identidad (thriller psicológico)**
- Rosas y chocolates (Antología de romance)**
- Preciado secreto (biografía de romance histórico)**
- Ben & Maggie (Serie de romance histórico)**
- La Mansión Ritter (Thriller psicológico, crimen)**
- Corazón Kentucky (romance contemporáneo)**
- El cielo en tus ojos (drama romance)**

Mariela Saravia Valverde, nacida en Costa Rica, en setiembre 1988. Es psicóloga humanista y escritora por vocación. Amante del arte, la música y las letras. Con más de doce años ejerciendo la profesión de escritora y poetisa. Sus géneros son diversos y su estilo muy rítmico y personal. Entre sus géneros más sobresalientes está el romance, la historia y los thriller psicológicos.

*<https://www.facebook.com/mariela.saravia.16>*

*<https://plus.google.com/+MarielaSaravia/about>*

*<http://jardinlitera.blogspot.com/>*